

432

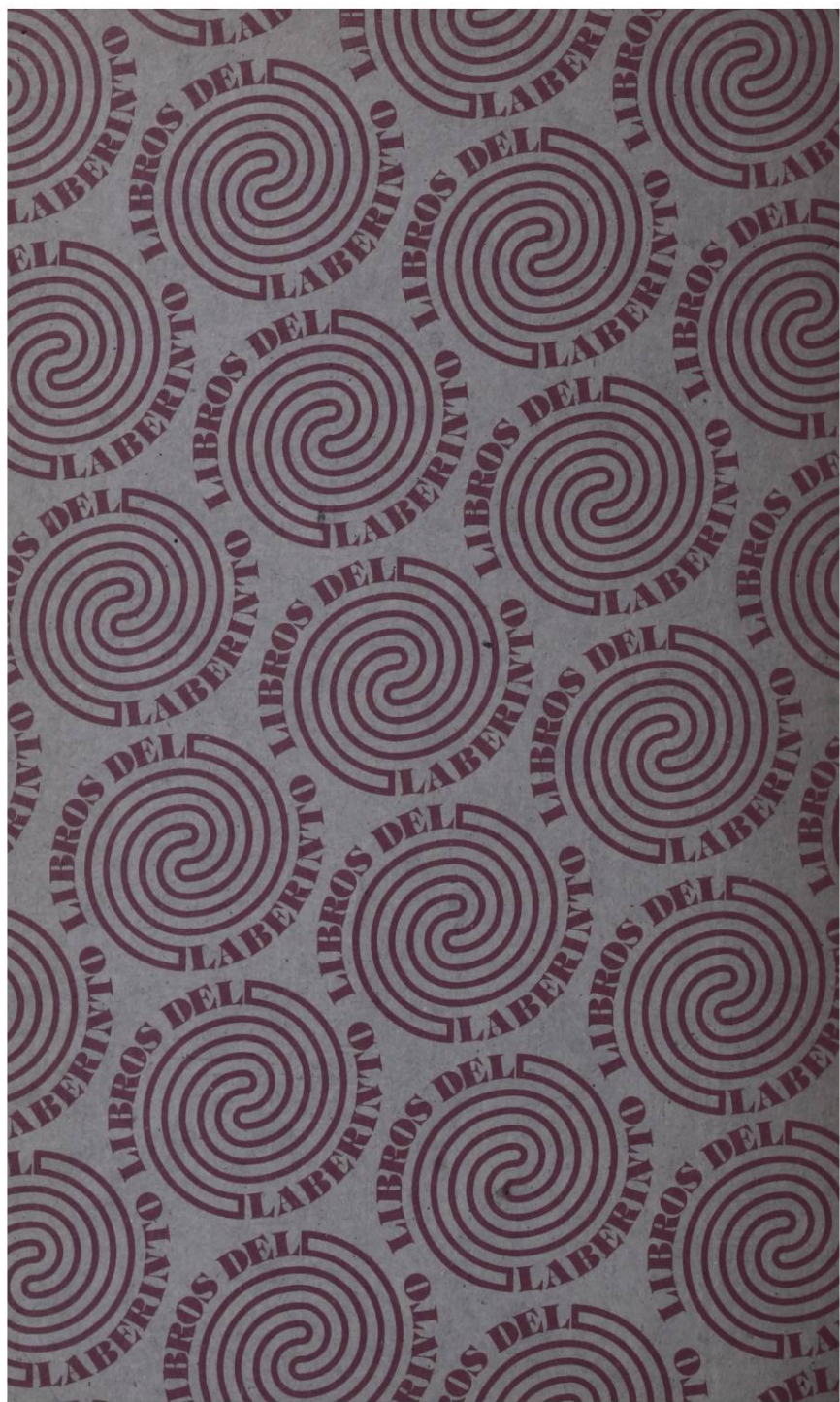
EL PROYECTO SUPERMÁN Y OTROS CUENTOS

Juan José Morales

UAM
PQ
7298.23
O73215
P7.6



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD AZCAPOTZALCO





EL PROYECTO
SUPERMÁN
Y OTROS CUENTOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Rector General

Dr. Óscar M. González Cuevas

Secretario General

Ing. Alfredo Rosas Arceo

UNIDAD AZCAPOTZALCO

Rector

Mtro. Carlos Pallán Figueroa

Secretario

Arq. Manuel Sánchez de Carmona

Coordinadora de Extensión Universitaria

Lic. Laura Salinas Beristáin

Jefa de la Sección de Producción Editorial

Gabriela Becerra Enríquez

Libros del Laberinto reúne textos
literarios y testimoniales

Primera edición, 1989

© Juan José Morales

ISBN 968-840-663-5

Revisión y cuidado de la edición:

Sección de Producción Editorial

Producción: *Ocelote*

Diseño de la colección: *Roberto Cano*

Libros del Laberinto

Coordinación de Extensión Universitaria

Unidad Azcapotzalco

Universidad Autónoma Metropolitana

Av. San Pablo 180, Azcapotzalco 02200 D.F.

Impreso y hecho en México

218 203
C.B 289 4211

EL PROYECTO SUPERMÁN Y OTROS CUENTOS

Juan José Morales

2894211



AZCAPOTZALCO
CODICI BIBLIOTECAR

242067



UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA
UNIDAD AZCAPOTZALCO

UAM

PQ7298.23

O73215

P7.6

XX

Ninguno pronunció una palabra. Cada quien sabía lo que debía hacer en esas circunstancias. Con sorprendente sangre fría, sin equivocaciones ni titubeos, como si sólo estuvieran ejecutando una rutinaria operación de desembarco o una práctica de salvamento y no tratando angustiosamente de salvar el pellejo, ocuparon sus puestos en la nave auxiliar de transbordo —ahora convertida en salvavidas—, cerraron las escotillas, pusieron en marcha el reactor nuclear y el sistema neutrogravitacional, programaron el descenso y se alejaron sin tardanza de la gran nave, que ya comenzaba a desintegrarse dejando tras de sí un resplandor azulado apenas visible.

Ni siquiera le dirigieron una mirada. Durante todo el tiempo que duró el aterrizaje, sólo tuvieron ojos para los instrumentos, que en una vertiginosa sucesión de cifras amarillas sobre fondo negro mostraban el progreso de la maniobra y las cambiantes condiciones que encontraban al cruzar la atmósfera, turbulenta en las alturas, tranquila en las proximidades del suelo. Finalmente, cuando la nave se detuvo en la superficie con una imperceptible sacudida, aquel mar de números se estabilizó y pudieron saber exactamente qué tan habitable era el mundo al que habían llegado y del que probablemente no saldrían jamás: presión atmosférica un tanto menor que lo habitual, pero dentro de los límites de supervivencia; adecuada concentración de oxígeno pese a la presencia de grandes cantidades de compuestos de azufre, plomo y arsénico y de sólidos en suspensión; humedad ambiente escasa, pero indicadora de la existencia de masas de agua en el planeta; temperatura dentro del rango necesario para los procesos biológicos; radiación luminosa perfectamente tolerable, con poca luz ultravioleta; nivel de radiación ionizante, mínimo; magnetismo definido, pero débil.

La atmósfera, cuando menos, satisfacía los requisitos básicos para la vida. Había ahora que investigar la posible existencia de formas vivientes potencialmente peligrosas. De la parte inferior de la nave emergió un largo brazo articu-

lado. Tomó una muestra del suelo, se retrajo, depositó el puñado de tierra en el bioanalizador múltiple y diez segundos después los resultados estaban a la vista en la pantalla: el terreno era un hervidero de vida microscópica, con abundancia de bacterias capaces de atacar los tejidos y trastocar la fisiología de organismos superiores. Todas ellas, sin embargo, presentaban la misma estructura proteogenética básica y cinco segundos más bastaron a la computadora del bioanalizador para elaborar la batería de multigenes neutralizantes que protegerían a los tripulantes de todos esos microorganismos.

Otro brazo articulado se proyectó desde la nave y comenzó la búsqueda de formas de vida vegetal. Resultado: negativo. En torno al punto de descenso no había planta alguna. Sin duda por el elevado contenido de sales y metales pesados en el suelo. El análisis atmosférico, empero, mostraba evidencias de productos de actividad clorofílica, procedentes al parecer de organismos vegetales distantes.

Terminada la exploración preliminar, se inició el reconocimiento visual. Las cubiertas opacas a todo tipo de radiación que hasta ese momento habían protegido las ventanillas, se abrieron con un seco ruido metálico y los tres tripulantes quedaron atónitos ante lo que veían: ¡estaban rodeados por cientos de seres altamente evolucionados, aunque de aspecto primitivo!

Se mantenían apiñados en una densa masa, inquietos y nerviosos, no muy lejos de la nave, haciendo ademanes y gesticulando. El movimiento y el ruido de las pantallas los hicieron retroceder unos pasos, pero pronto se detuvieron y continuaron agitándose, profiriendo ininteligibles sonidos articulados que los sensores sónicos recogían como un intenso y desordenado zumbido que crecía y se atenuaba irregularmente. Pequeños grupos intentaban avanzar pero sin decidirse a hacerlo, atemorizados ante aquel extraño y desconocido aparato caído silenciosamente del cielo. Unos pocos, los más audaces, se habían adelantado ya al resto y uno hizo ademán, pero se refrenó titubeante, de arrojar algo.

Los tres astronautas estaban paralizados de asombro. Contra todo lo que podía esperarse del análisis preliminar del suelo y la atmósfera, aquel planeta no estaba habitado solamente por formas de vida microscópicas o plantas inferiores, sino por criaturas superiores. Criaturas evidentemente dotadas de una inteligencia muy desarrollada. No estaban desnudas. Se cubrían el cuerpo con vestidos burdos pero de colores y manufactura que revelaban un elaborado proceso de fabricación. Tenían también una metalurgia avanzada, como podía colegirse de los diversos artefactos metálicos que formaban parte de su atuendo y algunas estructuras que se advertían a la distancia. No eran simplemente gregarias sino que poseían un alto grado de organización social, pues sus habitáculos, aunque rudimentarios y en muchos casos hechos al parecer con los mismos materiales del terreno, no estaban caóticamente dispersos sino dispuestos con orden y simetría. Era evidente también que habían llegado al nivel tecnológico en que ya no sólo empleaban la fuerza muscular sino formas de energía química, pues entremezclados con los seres se veían artefactos de indudable carácter mecánico y motriz, si bien también bastante primitivos.

Los astronautas sintieron deseos de saltar, de gritar enloquecidos. Hasta ese momento se habían resignado a morir sin pena ni gloria en aquel planeta desconocido. Sabían que estaban demasiado distantes de las rutas interestelares habituales; que destruida la nave principal, con sus sistemas de navegación y de comunicación espacio-temporal, quedaba descartada toda posibilidad de volver a su base o siquiera de informar de su posición para ser rescatados. La única y remota —remotísima— esperanza era que el naufragio hubiera sido rastreado con suficiente precisión para determinar a qué sector de la Galaxia habían sido arrojados y se pudiera enviar una expedición de salvamento. Pero no se hacían demasiadas ilusiones. La descomunal tormenta, sin precedente en la historia de las comunicaciones espaciales, debió haber desquiciado todos los sistemas de vigilancia y control en un volumen de dos mil años-luz de diámetro por lo menos, y

ellos habían estado en el corazón de aquel inmenso vórtice, sin posibilidad alguna de ser detectados. En el mejor de los casos, sólo podían aspirar a sobrevivir, a pasar precariamente el resto de su existencia aislados en aquel mundo remoto, al que todavía no llegaban ni llegarían en siglos o milenios las expediciones que abrían rutas intragalácticas.

Pero en ese momento nada les importaba. Ellos, oscuros tripulantes de un carguero cósmico de línea, habían sido actores de algo que sólo ocurre una vez en cientos de años; habían realizado accidentalmente la hazaña con que sueña todo astronauta: descubrir un nuevo mundo habitado, una civilización hasta entonces no registrada. Una vez determinada su posición, enviarían el informe por los canales electromagnéticos ordinarios, a la velocidad de la luz y por el espacio indeformado. Llegaría a su destino miles de años después, cuando de ellos no quedara ni el polvo. Pero no habrían muerto en vano, como náufragos interestelares comunes y corrientes. Su nombre quedaría registrado para siempre en los anales de la exploración espacial, y a este sitio, a este tibio planeta de atmósfera acre y ligeramente corrosiva, bañado por la amarillenta luz de un cercano y solitario sol, arribarían en un futuro lejano, atendiendo a su llamado y guiados por las señales que seguirían emitiendo indefinidamente sus instrumentos, exploradores y colonizadores.

Ninguno de los seres que los rodeaban parecía estar armado. Ninguno parecía tampoco ser hostil. Aquel que había hecho el intento de arrojar algo contra la nave pronto desapareció entre la masa, tras retroceder espantado de su propia audacia. Más que agresivas, las criaturas parecían mitad curiosas y mitad temerosas. Se mantenían a prudente distancia, sin arriesgarse a avanzar pero sin decidirse a huir. Gesticulaban y se agitaban produciendo una ininterrumpida sucesión de voces que saturaban los sensores sónicos de la nave.

Había que entablar comunicación con esos habitantes del planeta. El capitán abrió lentamente la escotilla y asomó

la cabeza con cautela. Por unos instantes se hizo el silencio pero de inmediato el rumor volvió a escucharse, ahora multiplicado por su aparición. Sabedor de la impresión que les causaría al aparecer enfundado en su reluciente traje metalizado de color plomizo y con el rostro cubierto por el casco, se levantó la visera. El aire seco e irritante, cargado de polvo y gases, le causó escozor en los ojos y ardor en las mucosas nasales. Respiraba con cierta dificultad, poco habituado como estaba a la baja concentración de oxígeno y a la reducida presión atmosférica. Pero permaneció así, con el rostro descubierto, tratando de parecer más amistoso. Se levantó rápidamente aunque sin brusquedad, para no dar tiempo a los seres de atemorizarse, y quedó erguido, con el torso fuera de la nave. Levantó la mano derecha con la palma hacia adelante. El símbolo universal de paz. Esperaba que también lo fuera en este lugar y no que tuviera el significado opuesto. El vocerío disminuyó un poco. Las cosas marchaban bien. Salió por completo de la nave y se deslizó hasta el suelo. Sintió cómo la sangre se le agolpaba en los pies, tras el largo tiempo en condiciones de ingravidez. La influencia de la gravedad le hizo sentir un ligero vértigo pero se dominó. No era cuestión de perder el sentido o de caer en esos momentos.

Levantó nuevamente la mano derecha y giró para mirar en derredor. No podía interpretar las expresiones de aquellos seres cuyas costumbres y sicología ignoraba por completo, pues —a diferencia de los exploradores— no había recibido adiestramiento etológico para evaluar y analizar las reacciones y la conducta de seres de otras civilizaciones. El suyo era un trabajo común y corriente de capitán de navío de carga sobre rutas preestablecidas y, si bien en los espaciopuertos entraba en contacto con habitantes de muy diversos planetas, el trato con ellos se regía por reglas universales de convivencia y comunicación establecidas desde mucho tiempo atrás. Esta era la primera vez que se enfrentaba a entes biológicos superiores del todo desconocidos.

No parecía, empero, haber peligro. Sin dar indicios de

ser amistosas, las criaturas que le rodeaban tampoco se antojaban hostiles. Empezó a caminar pausadamente hacia el frente para medir su respuesta. Hubo un ligero reflujo en la masa pero nadie retrocedió ni hizo gesto alguno que pudiera tomarse como amenazador o siquiera defensivo.

Estaba inseguro sobre su siguiente acción. Jamás imaginó hallarse en tales circunstancias y no estaba preparado para afrontar una situación tan especial. Sobre todo después del impacto emocional de la catástrofe. El sentido común, sin embargo, le indicó que debería intentar la comunicación verbal. Sin movimientos súbitos que pudieran alarmar a los seres, se llevó la mano al cinturón y conectó el traductor electrónico. De inmediato, el confuso e ininteligible ruido que le llegaba por los audífonos se transformó en una cacofonía de silbidos, chirridos y zumbidos mientras la minimicrocomputadora trataba de ordenar, clasificar e interpretar los discordantes sonidos que emitían los seres.

Era inútil. Había demasiados sonidos simultáneos que se entremezclaban y el traductor electrónico no lograba discernir entre ellos. Siempre con movimientos lentos, cuidadosamente medidos, ajustó los controles para centrar el receptor direccional en una de las criaturas que parecía especialmente comunicativa. La desordenada e irregular sucesión de señales del aparato comenzó a adquirir cierto ritmo. Los dispositivos electrónicos estaban descifrando el lenguaje de los seres. Unos segundos después, pudo oír los primeros sonidos inteligibles: monosílabos aislados en un principio, combinaciones más complejas después, luego cortas frases, y finalmente un casi continuo flujo de palabras. La minimicrocomputadora por fin había determinado la estructura general de aquel idioma, encontrado las equivalencias sonoras y el significado de los sonidos y grupos de sonidos más usuales. Persistían aún muchas lagunas en la traducción, pero lo que escuchaba era suficiente para comprender lo que decían. Entendió que estaban desconcertados, que se preguntaban si los recién llegados serían peligrosos, quiénes eran y de dónde procedían. Entendió también sus ingenuos

intentos por hacerse comprender, sin percatarse de que estaban frente a viajeros procedentes de una lejanísima región del espacio, con una cultura y un idioma totalmente distintos.

Había llegado el momento de hablarles. Levantó nuevamente la mano derecha con la palma hacia el frente, se llevó el amplificador a la boca y comenzó a pronunciar las palabras clara y pausadamente. El traductor electrónico cumplió su cometido y una voz metálica, casi sin inflexiones, hueca y un tanto monótona, se sobrepuso al rumor de los seres, que callaron como por ensalmo.

Les dijo que venían de muy lejos, de un sitio distante, que habían llegado por accidente pero que venían en son de paz, que trataban de entablar amistad con los habitantes de este planeta, que muy lejos estaba de sus mentes cualquier idea belicosa, que deseaban sea recibidos y comprendidos. . .

El silencio que se había hecho a su alrededor lo animó. Volvió a hablar de paz y amistad, de conocerse mejor. . . Avanzó hacia los seres, que de primera intención se agitaron nerviosamente pero luego se calmaron.

Escuchó un sorido agudo, que ascendía y descendía cambiando cíclicamente de tono y de intensidad. Por un momento pensó en una falla del traductor electrónico, pero pronto cayó en la cuenta de que procedía de más allá del círculo de criaturas. Percibió unas luces intensas y la aglomeración se abrió para dar paso a unos extraños vehículos que se aproximaban levantando nubes de polvo. "Bastante primitivos aunque mecanizados —pensó—. Se mueven sobre ruedas y tienen propulsión propia." Eran, no obstante, la más avanzada muestra de tecnología que podía verse en las inmediaciones. De ellos descendieron otros seres, semejantes a los que le rodeaban pero ataviados con trajes que denotaban un nivel más elevado de civilización. ¿Serían miembros de una especie superior, más inteligente y desarrollada? ¿O tal vez los gobernantes de esta comunidad? La rapidez con que las criaturas les habían abierto paso y el manifiesto res-

peto, no exento al parecer de temor, con que los miraban manteniéndose a distancia, era claro indicio de que pertenecían a una especie o un grupo dominante. Los recién llegados fueron, además, los únicos que se atrevieron a avanzar hacia la nave sin dudas ni vacilaciones.

Se dirigió hacia ellos, con los ojos brillantes por la emoción del encuentro, la mano derecha en alto, la izquierda sosteniendo el amplificador frente a la boca y hablando de paz y amistad, de conocerse y comprenderse. . .

Cuatro destellos luminosos que brillaron en rápida sucesión, acompañados de otros tantos ruidos secos y breves, le hicieron enmudecer y se desplomó, muerto instantáneamente. Por la escotilla surgió un segundo tripulante para auxiliarlo. No llegó a poner pie en el suelo. También cayó pesadamente como fulminado por un rayo, quedando colgado de bruces con medio cuerpo afuera.

Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Entre los gritos y la confusión de los seres que huían en desorden, el cadáver del segundo tripulante desapareció, tirado hacia el interior, la escotilla se cerró y la nave se elevó rápida y silenciosamente, con el único y aterrorizado superviviente a los mandos, en una trayectoria que la llevaría muy lejos de aquel planeta.

—Cuando vimos tanta gente, pedimos refuerzos. Eran muchos. Sobre todo mujeres que iban al mercado, y ya sabe usted, mi comandante, que con esas hay que tener cuidado. Ya ve lo que le hicieron a los de la 43 cuando el lío aquel de la leche. Y llegando los compañeros, les caímos como nos. han dicho que tenemos que hacer: a toda velocidad, con las luces prendidas, las sirenas chillando y soltándoles bala para que se asustaran y salieran corriendo.

—¿Y el muerto?

—Ese era el principal agitador. Lo agarramos con el micrófono en la mano. Y como las órdenes son que a esos hay que exterminarlos, le soltamos plomo sin más averigua-

ciones. Cayó redondito. Se sentía el muy héroe con su casco y su uniforme de guerrillero, pero ni para payaso sirvió. Tampoco el otro. Asomándose del auto lo tumbamos, aunque no sé si lo matamos o sólo quedó herido, porque se lo llevaron. Los demás, pues éstos no sé ni cuántos eran, porque se nos escaparon.

—¿Y por qué no los siguieron?

—Pues. . . mi comandante, ya sé que no me va a creer, pero el auto ese en que andaban era muy raro. Volaba.

—¿Cómo que volaba? ¿Piensas que me voy a tragar ese cuento? Mejor confiesa que tuvieron miedo de seguirlos porque estaban armados.

—No, mi comandante, le juro que volaba. Yo creo que era como un helicóptero, pero no hacía ruido.

—Helicóptero. . . ¿Cuándo has visto que estos revoltosos anden en helicóptero?

—Pues, mi comandante, no sé, pero. . .

—No sé. . . no sé. . . Pues para la próxima, ya saben, o me agarran a todos o mejor ni se presenten a rendir parte, porque se me quedan arrestados por miedosos y estúpidos.

—Sí, mi comandante, como usted ordene.

—¡Ah!, y otra cosa: me traen el casco del muertito. Está bueno para que jueguen mis hijos.

“Un elemento subversivo del llamado Frente de Acción Popular fue acibillado ayer por agentes del Escuadrón Motorizado de la policía metropolitana durante un enfrentamiento ocurrido en la demarcación de El Salitral. Según el boletín oficial de la comandancia conjunta de las fuerzas de seguridad, el terrorista muerto formaba parte de un comando de agitación que, en abierta contravención a las disposiciones del estado de sitio, había organizado un mitin no autorizado para exhortar a la población a cometer actos de violencia contra las autoridades legítimas. El occiso, precisa la información, vestía uniforme verde olivo, portaba una metralleta de fabricación soviética y recibió a tiros a

los agentes que se aproximaron a investigar su presencia en las proximidades de un mercado.

"Un segundo subversivo que abrió fuego contra los agentes del orden cayó también bajo las balas policíacas, pero se ignora si pereció o sólo quedó herido, ya que fue recogido por sus compañeros, los cuales se dieron velozmente a la fuga en un vehículo no identificado.

"El tiroteo, que causó pánico en un amplio y populoso sector de esa barriada industrial, ocurrió a las 12:45; en momentos en que gran número de. . ."

CUENTO CON MORALEJA CIENTÍFICA

DE PIE ANTE UN ESPEJO, enteramente desnudo, levantó la mano y se llevó a los labios el elíxir de la invisibilidad. Lo había inventado en el curso de sus largas investigaciones sobre compuestos derivados del ácido mesopropiónico y tenía la extraordinaria propiedad de volver transparente como el vidrio a cualquier material orgánico. Su efecto duraba 48 horas y al cabo de ese tiempo el material volvía a ser completamente visible.

Cerró los ojos y de un solo trago bebió el líquido agri-dulce, de olor a fresas. Al abrirlo, contempló atónito el espejo vacío.

Esa fue su última visión antes de desintegrarse en mil pedazos cuando —como corresponde a todo buen científico de historieta— saltó para gritar a pleno pulmón: “¡Eureka!”

El elíxir no solamente lo había vuelto transparente como el vidrio, sino igualmente rígido y quebradizo.

(Moraleja. Jamás se debe beber elíxir de la invisibilidad sin probarlo previamente en animales de laboratorio.)

HISTORIA EN CINCO TIEMPOS

(En confuso orden cronológico)

Tiempo 4

MAÑANA ME EJECUTARÁN; 227 años antes de nacer. Moriré sin saber qué falló. Aquí estoy, en esta celda del México colonial, llena de ratas y basura, sentenciado a la horca como espía inglés. Traté de explicarles lo que soy y lo que hice. Pero, ¿cómo podrían comprenderlo estos oidores y alguaciles del siglo XVIII? Fue una suerte que no me tomaran por brujo y me condenaran a la hoguera. ¿Y qué habrá sido de Inés? ¿La ahorcarán también? Los documentos que encontré antes del viaje sólo decían que había sido encarcelada.

Sí. Moriré sin saber cuál fue la falla. Pero al menos sé que la historia que escribí en la prisión se conservará hasta mi época. Lo sé porque pude leerla en esas hojas amarillentas y empolvadas, manchadas por la humedad y carcomidas por la polilla que desenterré de los viejos archivos virreinales antes del experimento. Zambrano trató de tranquilizarme. "Sí, sí —decía—, tú las escribiste, pero no olvides que lo hiciste sin saber cómo terminaría todo y no hay constancia de que realmente te hayan ahorcado. Estoy seguro de que lograremos retransportarte."

No sé si lo diría convencido o sólo intentaría consolarme. Él sabía, como yo, que era imposible suspender el cronoviaje. Teníamos que seguir adelante. No había, es cierto, un testimonio de que la ejecución se hubiera llevado a cabo. Pero pudo haberse perdido en esos dos siglos —¿debería decir en los próximos dos siglos?—, pues el legajo estaba incompleto. Esa es mi única esperanza. Tengo que aferrarme

~~~~~

a ella. Sí. . . Me rescatarán. Ellos saben, porque les dejé los papeles, dónde estoy ahora. Sabiendo lo que ocurriría. . . o lo que ocurrió, no sé cómo decirlo. . . tuve buen cuidado de ser preciso y anotar cuanto detalle pude. Conocen la ubicación de mi celda. Pueden fijar sus coordenadas espaciales con ayuda de los muchos documentos de la época. Y si tienen alguna duda, pueden explorar toda el área de la prisión. Conocen también las coordenadas temporales.

Pero no importa si me rescatan o no. Lo principal es que el cronoviaje resultó, y ellos lo saben. Si me cuelgan y nunca regreso, al menos seré un mártir de la ciencia. ¿Me harán una estatua? ¿Pondrán mi nombre a un laboratorio? ¿O a la universidad? Quizá me darán el Premio Nobel conjuntamente con Zambrano. ¿O no lo dan póstumamente?

Dejémonos de vanidades. Lo real y concreto es que estoy aquí, con centinela de vista, esperando la muerte en este calabozo húmedo y pestilente. ¡Cómo extraño los excusados, el papel higiénico y los lavabos! Nunca imaginé que el siglo XVIII fuera tan maloliente. Todo apesta: casas, calles, gente. . . y, más que nada, las cárceles. Creo que sólo por escapar de este hedor dejaría que me ahorcasen. Seis meses y medio he debido soportarlo; primero mientras vivía oculto y luego encerrado en esta mazmorra. De no haber sido por Inés, me habrían atrapado desde los primeros días. Imposible pasar inadvertido en esta época. Ignoro hasta los nombres de muchas cosas, y las costumbres me son todavía extrañas. Además, con sólo abrir la boca me delata mi español del siglo XX, que esta gente no puede conocer. Por eso me tomaron por espía inglés. Debí haberme familiarizado con todos los detalles. Pero se suponía que sólo estaría aquí veinticuatro horas, como observador y manteniéndome lejos de la gente y de los lugares poblados. No esperaba tener que andar a salto de mata o escondido en la choza de una brava verdulera de los arrabales.

Inés. . . Debo estarle agradecido. Sólo eso, agradecido. No hubo amor. ¿Cómo podía haberlo entre un físico y una analfabeta mujer del pueblo? Sólo hubo deseo-carnal. Qui-

zá también simpatía y cariño. Pero nada más. Y ahora la dejo esperando un hijo. . . mi hijo, que, por increíble que parezca. . .

Otra vez está aquí ese cura terco y barrigón con su sonrisita fingida. Espera que confiese toda la verdad, para quedar bien con Dios. Él también me cree un espía y trata de hacerme hablar. ¿Me creerá tan ingenuo como para tragarme eso del secreto de confesión? ¿O pensará que todavía puedo guardarme algo después de la tortura? Si algo tuviera qué decir, no me habría quedado callado mientras me descoyuntaban y me hinchaban de agua casi hasta reventar.

### *Tiempo I*

Cuando el profesor Zambrano terminó de hablar, después de remarcar sus últimas palabras con una serie de rápidos y nerviosos golpecitos del índice en el pizarrón, un largo silencio cayó sobre la sala de seminarios del Instituto de Electrofísica. Ocho pares de ojos miraban como hipnotizados el tablero verde oscuro cubierto de fórmulas garrapateadas apresuradamente.

—Resumamos —dijo de pronto con su voz suave y desprovista de inflexiones el doctor Arcudia, director del Instituto—: el fenómeno es de naturaleza cuántica. Si aplicamos pulsos sincrónicos de energía en correspondencia con el ciclo primario, debe producirse una fusión espacio-temporal en puntos de corte discretos del flujo del tiempo, y al ocurrir esa fusión podría saltarse de un nivel temporal a otro. Es decir, un objeto situado en el punto y lugar de corte pasaría a otro punto y lugar del espacio-tiempo. La clave está en la intensidad del pulso y la sincronización precisa de la descarga.

Mirando fijamente a sus ocho colegas, añadió: “He discutido el asunto con Zambrano durante la última semana y me ha convencido. Los cálculos teóricos son impecables. Es un descubrimiento comparable a la equivalencia de masa



---

quín de primeros auxilios, pistola 45 poderosa y efectiva —no me gustaría convertirme en homicida pero tengo que protegerme—, cinco cargadores completos, cuaderno de notas, dos bolígrafos, píldoras para combatir el sueño, linterna de mano y pilas de repuesto. Qué poco equipo se necesita para viajar al pasado. Cuando me eligieron pensé que iría ataviado como un astronauta y resulta que mi mochila es más ligera que cuando salgo a una excursión de fin de semana. Es una lástima que la fusión espacio-temporal produzca tanta radiación ionizante y electromagnética, pues inutiliza la película fotográfica y las cintas de televisión. No podré traer ningún testimonio gráfico del pasado. Seguramente para los próximos cronoviajes alguien inventará un método a prueba de radiación para registrar imágenes.

Todo listo. Cinco minutos más y estaremos en el momento preciso. Seré el primer hombre que viaje en el tiempo. El fusor sincrónico parece estar funcionando sin problemas. Todos los objetos y animales que hemos enviado en plan de prueba han vuelto indemnes. Al principio nos quedaba la incertidumbre de que realmente llegaran al punto del espacio-tiempo a que los mandábamos, pues existía la posibilidad de que sólo recorrieran el ciclo primario sin detenerse en un nivel temporal y volvieran al puente de origen. Pero ahora estamos seguros de que el método da buen resultado y que podré llegar a 1756. Es más: inevitablemente llegaré. Ahora soy como un autómata. Ni siquiera puedo decidir. Tengo que entrar al fusor, quiéralo o no, porque si no entrara no existiría.

### *Tiempo 2*

“Todavía no puedo creerlo, Zambrano. Parece una de esas fantasías de ciencia ficción, pero tú has visto también los documentos en el Archivo Magno de la Nación. Ahí está la historia de lo que me va a suceder. . . o de lo que me sucedió, como quieras decirlo. Cuando comencé a documentarme sobre la época a que viajaré, nunca pude imaginar que

encontraría las actas de mi propio juicio y el relato de mi odisea, escrito de mi puño y letra hace más de doscientos años. Pero lo que descubrí hoy es todavía más increíble. Inés tuvo un hijo mío, ¡y yo descendiendo en línea directa de ese hijo! ¿Te das cuenta? ¡Soy tataranieto de mí mismo!

## *Tiempo 5*

### VORAZ INCENDIO EN EL INSTITUTO DE ELECTROFÍSICA DE LA UNIVERSIDAD

Ocho muertos, un desaparecido  
y graves pérdidas materiales

Un violento incendio atizado por una serie de explosiones arrasó completamente ayer por la tarde el laboratorio de altas energías del Instituto de Electrofísica, en el sector sur de la Universidad Central, con un saldo de ocho personas muertas y una desaparecida.

Entre los escombros del edificio se encontraron los restos carbonizados de ocho investigadores, los profesores Eliseo Aburto y Jesús Zambrano, la doctora Eugenia del Pozo, la profesora Luisa Valle y los doctores Rubén Acevedo, Sergio Fuentes, Gustavo Quezada y Luis H. Arcudia, este último director del Instituto. El personal de intendencia afirma que al ocurrir la catástrofe se encontraba también en el interior el doctor Mario Cetina, pero su cadáver no ha sido hallado a pesar de intensa búsqueda en el lugar. Se le da por desaparecido.

Según versiones de testigos presenciales, el siniestro se debió al estallido de una batería de transformadores —aparentemente por una sobrecarga durante un experimento— y el fuego se extendió rápidamente al explotar varios depósitos de gases inflamables, hidrógeno entre ellos. Las pérdidas aún no han sido cuantificadas pero son graves, pues todo el valioso equipo científico fue presa de las llamas. Además,

declaró el licenciado José Alfonso Quiñones, jefe del departamento jurídico de la Universidad, se perdieron importantísimos documentos, ya que el fuego dejó reducidos a cenizas los archivos del laboratorio, donde se realizaban investigaciones sobre líneas de superalto voltaje.

En la extinción del incendio participaron bomberos de la subestación de la Universidad Central, auxiliados por dos carobombas y un transporte de. . .

---

## EL ELÍXIR DE LA INVISIBILIDAD

EL EFECTO SERÍA IRREVERSIBLE. Una vez que bebiera el elíxir de la invisibilidad, nunca podría recuperar su apariencia original. Pero no le importaba. A cambio de ello, tendría poder y riquezas. Podría robar joyas y dinero sin ser visto. Podría asesinar impunemente a media docena de sujetos que detestaba profundamente —aunque hubiera testigos del crimen, ¿quién describiría a un asesino invisible?—. Podría vender a precio de oro los más valiosos secretos políticos, económicos y militares, que conocería con sólo permanecer inmóvil y callado en las salas de juntas de generales, gobernantes o financieros. Podría. . . en fin, podría hacer lo que quisiera. Y —como había visto en una vieja película— cuando fuera necesario simular una apariencia normal, le bastaría ponerse un traje, guantes, sombrero, anteojos oscuros y bufanda. ¿Mujeres? El amor se hace a oscuras.

Todo esto —y mucho más— pasó vertiginosamente por su mente mientras, con los ojos cerrados y enteramente desnudo ante un espejo, bebía el compuesto que había inventado accidentalmente en su trabajo como oscuro químico de cierta poderosa empresa farmacéutica. ¡Ya verían —o, más bien, sentirían— aquellos jefecillos que tanto lo humillaron recordándole a cada paso su incompetencia!

Cuando abrió los ojos, no vio nada. . . Absolutamente nada. . . Ni siquiera el espejo. Por efecto del elíxir de la invisibilidad, sus retinas —ahora invisibles— eran enteramente transparentes e incapaces de captar la luz y había quedado ciego para siempre.

---

## LOS VIEJOS Y BUENOS TIEMPOS

OCASIONALMENTE, SÓLO MUY OCASIONALMENTE, extrañaba el tableteo de las máquinas de escribir, la atmósfera cargada de humo de tabaco, el confuso rumor de voces, el ajetreo de los ayudantes que recogían y depositaban papeles en los escritorios y el incesante repiqueteo de los teléfonos. Desde hacía mucho se había habituado a aquella vasta y silenciosa sala de redacción, sin más presencia humana que la suya.

Echó un vistazo a la pantalla y luego recorrió con la mirada las hileras de máquinas. Todo estaba en orden, tan quieto como ayer, como anteayer, como hacía una semana, un mes, dos años. Tan quieto como el día que salió de ahí el último reportero.

¿Qué sería ahora de sus antiguos colegas?, se preguntó mentalmente. Hacía mucho que no los veía. En un principio acostumbraba reunirse a menudo con ellos, pero fue dejando de hacerlo a medida que se cansó de sus monotonías quejas, de sus remembranzas sobre los viejos y buenos tiempos. “¡Buenos tiempos los de ahora!”, exclamó en alta voz y sonriente, sin preocuparse de que alguien pudiera oírlo. No tendría compañía toda la noche.

Miró el reloj. Faltaban aún dos horas para terminar su turno de guardia. Oprimió las teclas de mando en la consola y la mescolanza de cifras y letras verdosas que llenó instantáneamente la pantalla le indicó que la edición del periódico ya estaba lista en un 92%. A ese paso, quedaría terminada en menos de una hora. Pero debería mantenerse en su puesto hasta el final de la jornada. Era necesario estar alerta ante cualquier suceso de última hora. Los aviones

no tienen horario para estrellarse ni los incendios para estallar, y los militares muchas veces dan sus cuartelazos por la madrugada. Además, había la cuestión de la guerra en Noráfrica, que aunque estancada durante las últimas dos semanas, podría provocar alguna novedad. De no ocurrir nada que obligara a cambiar el formato de la primera plana o de las páginas principales, podría consagrar esos 60 minutos finales a la novela que guardaba en el cajón. Sólo al llegar la hora límite oprimiría el botón azul para iniciar el proceso automático que daría los últimos toques al formato y pondría en marcha la rotativa situada en el piso inferior.

“¡Estos sí son buenos tiempos!”, volvió a decirse enfáticamente, como si necesitara convencerse de que así lo consideraba. No concebía que alguien pudiera añorar la época en que los periódicos los elaboraban redactores borrachines y mediocres, reporteros brillantes pero temperamentales e inconstantes y polluelos petulantes recién salidos de la escuela que esperaban escalar la dirección en dos meses. Mucho tiempo tuvo que soportarlos, a costa de una úlcera péptica, noche tras noche, con el alma en un hilo porque se aproximaba la hora del cierre y los redactores trabajaban como si todavía tuvieran la vida entera por delante para terminar. Por años vivió desgarrando maldiciones contra ineptos reporteros que convertían en un simple recuento de víctimas los informes sobre el derrumbe de una iglesia atestada de fieles, rechazando enfurecido notas que eran verdaderos galimatías, armándose de paciencia para recordar por enésima vez al decano de los redactores que existe un signo ortográfico llamado acento, acicateando a correctores de estilo más interesados en su taza de café que en las montañas de papel que crecían frente a ellos mientras los linotipistas esperaban cruzados de brazos. Muchos fueron también los desayunos durante los cuales sintió el estallido de su úlcera al descubrir en la edición matutina fenomenales erratas o la ausencia de una noticia internacional de primer orden que todos los demás periódicos publicaban en primera plana pero que en el suyo había pasado estúpi-



vez más han aumentado los precios de los combustibles o los alimentos? ¿Cuántas variantes puede presentar un parte de guerra, la noticia sobre un terremoto o el anuncio oficial de cambios en el gabinete? ¿No consiste la información política esencialmente en meras transcripciones de fragmentos de discursos, comunicados, boletines o declaraciones? ¿Cuántas veces se repiten en una página las palabras "declaró", "dijo", "agregó", "informó", "añadió", "precisó", "subrayó", "comunicó" y otras por el estilo? ¿Hay un cronista de sociales capaz de afirmar sin morderse la lengua que puede presentar en forma realmente original la crónica de una recepción, una boda o una despedida de soltera?

En última instancia, esa información puede reducirse a esquemas, a formularios como los que se llenan en las oficinas públicas y en los que sólo varían ciertos datos. Él intu-yó, y luego indagó hasta confirmarlo, que los especialistas habían programado la máquina automática de redacción en tal forma que con sólo suministrarle esos datos variables pudiera redactar en segundos una noticia completa, conforme a cualquiera de los modelos almacenados en su banco de memoria. Aquella primera máquina se ocupaba de la información policiaca de rutina. Pero pronto hubo otras, cada vez más complicadas, cada una especializada en diferentes tópicos.

Y, para sorpresa de los viejos e incrédulos periodistas, las máquinas de redacción no sólo tenían un lenguaje intachable desde el punto de vista de la sintaxis y la ortografía, sino también muy variado; mucho más diversificado que el de los redactores de carne y hueso.

A él, sin embargo, no le sorprendió. Ya se había percatado de que cada redactor tenía preferencias por ciertas palabras, frases, giros, combinaciones o estructuras gramaticales y las utilizaba inconscientemente con tal frecuencia que sin ver el nombre anotado en la esquina superior derecha de una hoja podía saber quién la había escrito. Es lo que periodistas y literatos llaman pomposamente estilo pero representa la incapacidad de la mente humana para salirse de

los caminos trillados. Las máquinas, en cambio, no tenían esa limitación. En sus circuitos de memoria estaban almacenados, además de un amplísimo vocabulario, los estilos, las fórmulas usuales de cientos de periodistas, y podían no sólo echar mano de cualquiera de ellos al azar sino también de combinarlos en millones de formas diferentes, para dar al periódico una diversidad de estilos riquísima, virtualmente infinita, incomparablemente mayor que la que jamás había tenido, ni siquiera en la época en que para él escribían las plumas más brillantes.

Empero, los viejos y tozudos periodistas —y los jóvenes también— no se daban por vencidos. Cierto, decían, las máquinas escriben maravillosamente bien. Pero, ¿quién les va a suministrar la materia prima? Es decir, la información básica para sus textos. Por muchos formatos que tengan en sus condenados cerebros de transistores, de nada les servirán si no tienen con qué llenarlos, porque no basta el *cómo*, pues es necesario también el *qué*. Y ni pensar que las máquinas anden de aquí para allá rastreando, olfateando, persiguiendo la noticia, acosando a políticos y financieros, demandando declaraciones y opiniones. Todo eso, insistían los incrédulos, tendrán que hacerlo periodistas de verdad, no autómatas.

Tampoco tomó muy en cuenta esas optimistas opiniones. La información, razonó, no se genera al azar ni brota por todas partes, sino que proviene de ciertos canales bien definidos: los ministerios, las organizaciones sindicales, los partidos políticos, las estaciones de policía y de bomberos, el observatorio meteorológico, las universidades, los centros de investigación, la Bolsa de Valores, las asociaciones de industriales y comerciantes. . . No en balde en los antiguos tiempos cada reportero tenía asignadas sus "fuentes". Es decir, lugares a los cuales acudir regularmente en busca de información.

Además, aquello de perseguir la noticia era desde hacía mucho un mito romántico con el que se trataba de embellecer y dar ciertos aires de aventura a una profesión que cada día se volvía más gris y rutinaria. La verdad es que

ya los reporteros no tenían que andar tras las noticias. Casi todas les llegaban en forma de boletines emanados de sus "fuentes".

Al reflexionar sobre eso, le había intrigado el hecho de que las primeras redactoras electrónicas no tuvieran dispositivos ópticos de lectura, como era de esperarse si estuvieran proyectadas para funcionar con material escrito, sino que era necesario transcribirles la información para que la procesaran. Ello le hizo sospechar —y también lo confirmó tras indagar un poco— que la instalación de tales máquinas en ese y otros periódicos no era un hecho aislado o casual sino que obedecía a toda una reestructuración de los servicios de información en el país. El complemento de las máquinas de redacción eran las boletinadoras electrónicas que habrían de instalarse —pronto lo fueron— en todos los centros claves donde se generaban noticias.

Alimentadas con los datos esenciales que se deseaba difundir, las boletinadoras elaboraban comunicados minuciosos y elegantemente redactados. Se les podía programar para que utilizaran diversos lenguajes, pero el más usual era uno sutilmente vago y ambivalente, aunque en apariencia claro e inequívoco, de modo que en caso necesario pudiera desmentirse prácticamente cualquier interpretación que se les diera. Con ellas, la información oficial alcanzó las cumbres del refinamiento. Su prueba de fuego fue la ocasión en que los lectores recibieron alborozados la noticia de que los impuestos se habían triplicado, los precios de todos los artículos de primera necesidad se elevaban en un 75% y los salarios se incrementaban en un 10%. El texto del comunicado —obra maestra de la boletinación electrónica— era de una claridad aparentemente meridiana en sus menciones a poder adquisitivo, cuadros comparativos, índices, tasas, porcentajes de aplicación recíproca y multitud de otros términos económicos y financieros e hizo creer durante 24 horas al público que lo que se había triplicado eran los salarios en tanto que los precios descendían en un 75%.

Con esas nuevas máquinas, se acabaron las conferencias

de prensa, las entrevistas y el peregrinar de los reporteros por las oficinas de diarios y revistas. Simplemente, las boletínadoras transmitían por línea telefónica los comunicados a las redactoras electrónicas. Idéntico texto a todas. Pero cada una de éstas le daba diferente tratamiento y presentaba la información con su propio estilo. Se requería de un ojo muy perspicaz para descubrir cierta tenue uniformidad.

Cuando esto comenzó a hacerse, tampoco se sorprendió mucho. Después de todo, se dijo, resultaba lo mismo que en los viejos tiempos. La diferencia era que ahora los boletines no se enviarían con mensajero ni los recogerían los reporteros, sino que se transmitirían directamente de máquina a máquina.

Todavía, no obstante, persistían los veteranos y los noveles periodistas en su afán de minimizar la automatización de su profesión. Aquello lo sentían sólo como una derrota menor. Los más optimistas incluso le veían aspectos positivos. Ya no tendríamos, comentaban simulando satisfacción, que devanarnos los sesos para tratar de hacer creer a los lectores que nuestra información es diferente a la de otros cincuenta compañeros de otros tantos periódicos que en el fondo están escribiendo exactamente lo mismo. Además, decían, esto se refiere sólo a la información gubernamental, que ya era soporíferamente uniforme y mediocre.

El sabía que aquello sería sólo el principio. Y así fue. Un tanto más perspicaz que sus colegas, o simplemente más dispuesto a aceptar una realidad ante la cual casi todos cerraban los ojos, había advertido que en la práctica, la información oficial no era sólo aquella que procedía del gobierno, sino también de una multitud de organizaciones satélites de él, desde empresas de participación estatal hasta sindicatos obreros y centrales campesinas. Sabía igualmente que los organismos del sector privado también preferirían utilizar —y así lo hicieron— boletínadoras electrónicas, que les garantizaban una información a prueba de imprudencia. Con ellas podrían decir —o no decir— exactamente lo que desearan y como desearan.

~~~~~

A las instituciones oficiales y empresariales siguieron las universidades, los sindicatos independientes y otras muchas entidades. Todas ellas necesitaban diseminar información y los tradicionales conductos se estaban cerrando. O se conectaban a los sistemas de periodismo automatizado, o sencillamente no tendrían acceso a la prensa.

La redacción electrónica pronto se extendió a las páginas de vida social. Las boletínadoras de templos elegantes, empresas de pompas fúnebres, clubes sociales y asociaciones de caridad suministraban un abundante flujo de noticias que únicamente debían ser procesadas para modificarles el estilo y sujetarlas a la extensión requerida por la importancia del evento y los personajes o al espacio pagado para su publicación. Y, gracias al rico vocabulario y la gran diversidad de estilos de las máquinas, se logró lo que parecía imposible: revitalizar y dar una inusitada variedad a las crónicas.

La información deportiva no presentó mayores problemas para su automatización, pese a que los cronistas veteranos pensaban que no habría máquina capaz de imitar —mucho menos de superar— su florida y a veces casi ininteligible jerga. Atónitos, veían aparecer en las pantallas de las redactoras electrónicas crónicas que ellos hubieran premiado sin titubeos, en las que se usaban —sin repetir uno durante días— cientos de sinónimos para gol, cuadrangular, hit, gancho a la mandíbula o nocaut y en las que la acción parecía cobrar vida ante los ojos del lector. Las máquinas las elaboraban a partir de la información suministrada por las boletínadoras de las empresas que controlaban los espectáculos deportivos.

Los ceses en las redacciones aumentaban vertiginosamente y los despedidos buscaban empleo en vano. Sólo había un reducido número de puestos de trabajo como operadores de boletínadora. Pero aún ante esa catastrófica situación, los más obstinados se aferraban a una ilusión: decían que, libres ya de la monótona e intelectualmente castrante labor de manejar información autogenerada, autocensurada y dosificada, podrían dedicar su tiempo a ejercer el verda-

dero periodismo, el de búsqueda e investigación. Podrían, decían con real o simulado júbilo, aplicar sus esfuerzos a provocar la noticia, a hurgar aquí y allá, obligar a políticos y empresarios a hablar, sacar a la luz pública documentos comprometedores o desenmascarar a encumbrados personajes culpables de pillerías. No faltó quien soñara con la fama a través de una serie de reportajes sensacionales capaces de hacer tambalearse al gobierno.

Él no se dejó arrastrar por sueños dorados. Sabía que la decadencia del periodismo de combate y denuncia no se debía a falta de tiempo de los reporteros, sino a que ningún periódico publica más de lo que sus propietarios están dispuestos a publicar. Y lo que están dispuestos a publicar tiene por límites sus intereses políticos y económicos. Con la prensa dominada por grandes empresarios íntimamente ligados a los círculos de poder y a los medios industriales, comerciales y financieros, muy poco quedaba ya por hacer en ese terreno. Ciertamente, había todavía algunos periódicos de añejo corte liberal, menos atados por compromisos y más abiertos a la denuncia. Pero unas cuantas interrupciones inexplicables, prolongadas y repetidas, en sus líneas de comunicación —que desquiciaron los aparatos e impidieron en cada ocasión la salida del diario— bastaron para hacerles ver en qué época se encontraban. Y aquellos que persistieron en mantener su independencia informativa y editorial marginándose de los sistemas computarizados de control de información, no tardaron en ser barridos por los más poderosos, cuyos costos de producción resultaban mucho menores al utilizar máquinas en vez de reporteros y eran más atractivos para los lectores por sus recursos técnicos. Finalmente, sólo sobrevivieron —muchas de ellas en condiciones casi heroicas— publicaciones de circulación más o menos limitada, sostenidas por partidos políticos y sindicatos independientes.

Antes de que todo eso ocurriera, los periodistas ya habían cesado de mofarse de sus rivales electrónicos, de “las mecanógrafas de transistores”, como alguna vez las llama-

ron. Con huelgas, marchas callejeras y demandas judiciales, trataron tan desesperada como estérilmente de lograr que fueran eliminadas las máquinas.

Él no participó en las protestas. Las consideraba todo lo inútiles que fueron las luchas de los luditas, aquellos artesanos de los albores de la Revolución Industrial que, desplazados por las hiladoras y los telares mecánicos, se lanzaban enardecidos a destruirlos con la utópica esperanza de volver a los tiempos del trabajo manual.

No se consideraba, sin embargo, un conformista ni un acomodaticio, y de ninguna manera un traidor a sus camaradas. Tenía la conciencia limpia. Inclusive había sido sindicalista activo y un decidido defensor de los derechos laborales. Pero a la vez era realista, pragmático. Entendía la inevitabilidad del progreso y la necesidad de adaptarse a él, no de oponérsele. Además, era un profesional competente y responsable, apasionado por la eficiencia y un tanto perfeccionista. Por eso se especializó en técnicas electrónicas con más empeño y dedicación que muchos colegas a los que doblaba en edad. Por eso era ahora jefe de redacción en el departamento de información general de *El Globo*. Por eso esta noche estaba ahí, en la desierta sala, dirigiendo y supervisando docena y media de máquinas rápidas, silenciosas, excelentes, que hacían el trabajo de casi 300 seres humanos, que en un abrir y cerrar de ojos elaboraban notas excelentes, medidas con toda exactitud —ni una palabra más ni una menos de lo ordenado—, con todo y titular.

Aquello era el ideal que había perseguido durante décadas. Todo salía a pedir de boca, sin tensiones, sobresaltos ni contrariedades, sin lidiar con incapaces, haraganes ni irresponsables. Simplemente oprimiendo botones, producía noche a noche un periódico tan bueno como siempre quiso, sin errores ni omisiones. Sus diez dedos le bastaban para armar 48 páginas casi perfectas. Todo automatizado, computarizado, a prueba de fallas y con garantía de máxima calidad. ¿Qué más podía pedirse? Por eso sonreía despectivamente cada vez que alguien volvía con la cantaleta de los viejos y

XX

buenos tiempos, de la época en que el periodismo era una actividad creativa, realizada por seres humanos, por seres con emociones y sentimientos, por hombres que sabían imprimir su sello personal a las columnas de texto y no por deshumanizados amasijos de cables, transistores y micro-circuitos.

“Los viejos y buenos tiempos. . . ¡Basura!”, exclamó en voz alta y se sumergió en las páginas de la novela. Podía leer despreocupadamente. Si hubiera alguna noticia realmente importante, llegaría acompañada de una señal sonora para llamarle la atención.

Nada rompió la quietud de la sala de redacción durante esa última hora. Por fin, llegado el tiempo límite, oprimió el botón azul, tomó su abrigo y su bufanda y se dirigió a la puerta. Ahí se detuvo, volteó, contempló ensimismado el lugar y dijo sonriente: “Perfecto. . . Realmente perfecto”.

Lo mismo había dicho la noche pasada, y la antepasada, y la precedente, y muchas otras. Era ya una especie de despedida protocolaria, casi un ritual. Y, al igual que la noche pasada, y la antepasada, y la precedente, y muchas otras, añadió mentalmente: “Bueno. . . Casi perfecto. . . Lo sería si estas cosas pudieran irse ahora conmigo a tomar unas copas, a hablar de toros, de política y deportes, a comentar las últimas noticias, a componer el mundo y a jugar una partida de dominó. Eso era lo bueno de los viejos tiempos”.

EL PROYECTO SUPERMÁN

DESDE LA IZQUIERDA, las sombras de los cerros se habían extendido por todo el valle y comenzaban a reptar cuesta arriba por las laderas, devorando la densa vegetación tropical, pero el pueblo seguía aún bañado por la difusa y fantasmagórica luz dorada del crepúsculo reflejada en las nubes. El ceñudo anciano, ocupado en remendar un par de sandalias casi tan gastadas y maltratadas como su rugosa epidermis, parecía no ver ni oír a los ocho chiquillos que, a dos metros de distancia, todavía indecisos, euchicheaban y se alentaban mutuamente con ligeros empujones y codazos. Ninguno se atrevía a tomar la iniciativa. Por fin, del grupo surgió una voz:

—Don Severo, cuéntenos de la guerra.

—¿De la guerra? —respondió interrogativamente, con una expresión capaz de hacer pensar a cualquiera que aquel asunto le era totalmente desconocido—. Mejor pregúntenle a sus padres. Ellos también la vieron.

—Sí, pero usted lo cuenta más bonito.

—La guerra. . . Mmmmm. . . La guerra.

La máquina registró esa palabra clave. Uno de sus sensores parabólicos giró silenciosamente hacia el grupo. De su interior brotaron unos tenues clics y, con el característico traqueteo de sus orugas, comenzó a rodar mientras un lente se proyectaba unos milímetros hacia afuera para enfocar los rostros de los chiquillos y finalmente centrarse en el del viejo. No por ello, sin embargo, los demás elementos ópticos y acústicos dejaron de moverse en todas direcciones escudriñando la aldea para captar aquí y allá imágenes aisladas y fragmentos de conversaciones. Por ahora, fuera de la ban-

~~~~~

dada de chicuelos, no había otra cosa que ameritara atención especial, pero nada escapaba a su continua vigilancia.

El anciano la miró de soslayo y bajó la voz. No tardó en volver a elevarla. Sabía que, aunque hablara en un susurro, los ultrasensibles mecanismos electrónicos registrarían hasta el último detalle de su charla.

—Sí... la guerra. ¿Quieren que les cuente de las bombas de navajas, como la que me dejó esta marca y casi me obligó a usar pata de palo? —y se levantó la pernera del pantalón para mostrar con un dejo de orgullo la blanquecina cicatriz que le corría desde media pantorrilla hasta muy cerca del tobillo—. ¿O prefieren oír de cómo atrapamos un tanque entre dos derrumbes de rocas en la Cañada del Conejo?

El ruido metálico de la máquina, que cambiaba de posición para situarse a sus espaldas, le hizo recordar que todo lo que dijera sería registrado en las entrañas electrónicas de aquel infatigable y omnipresente mecanismo. Pero se encogió de hombros y siguió hablando, en voz deliberadamente más alta.

—No. Mejor les voy a contar del día que llegaron las máquinas.

El robot, sin moverse un ápice ni hacer un solo ruido, redobló su atención.

En la sala de conferencias del estado mayor del Heptágono, toda una constelación de generales y almirantes enrarecía el aire con el humo de pipas y puros y con insulsos relatos de partidas de golf y de póquer, mientras media docena de técnicos del servicio de seguridad verificaban el funcionamiento de los sistemas de enmascaramiento electrónico. Una vez en acción, no habría aparato, dentro o fuera del salón, por refinado que fuera, capaz de registrar una sola palabra de lo que ahí se dijera, salvo las dos grabadoras especialmente dispuestas para ese fin.

El sonido de un zumbador y la luz roja que, tras parpadear tres veces, quedó finalmente encendida iluminando el

aviso de "Enmascarador Electrónico Conectado", parecieron ser las señales para un cambio de tema en las conversaciones. Tras cerciorarse con un vistazo de que las grabadoras aún no comenzaban a funcionar, los militares desataron una granizada de comentarios.

—Parece que se cocina algo gordo.

—Hay rumores de que tendremos nuevo secretario de Defensa.

—Más bien parece que se trata de una intervención en Guyana.

—Dicen que le tocará a la Décima Aerotransportada.

—¿La mía? Pero está preparada para la guerra en el desierto.

—Si te toca, creo que será más bien un desembarco en el norte de Chile para enlazar a través de Bolivia con tropas brasileñas.

Una puerta que se abrió repentinamente para dar paso al secretario de la Defensa y un pequeño cortejo de hombres vestidos de uniforme o de civil cortó de cuajo las conversaciones. Todos se pusieron de pie en desmañadas posturas que pretendían ser marciales, pero en la mayoría de los casos no eran suficientes para ocultar los vientres prominentes.

—Pueden tomar asiento, señores —indicó el secretario mientras ocupaba su sitio a la cabecera de la amplia mesa rectangular—. Pónganse cómodos, pues esta reunión será prolongada. . . Pero les aseguro que saldrán satisfechos.

—Vamos a escuchar cuatro informes —prosiguió—. El general McDonald nos hará un resumen de la situación en el frente latinoamericano. El general Sanders hablará de las causas de nuestros. . . digamos. . . tropiezos en ese frente. El doctor Rand hará un balance de las armas y técnicas que hemos empleado y, por último, el doctor Caligari presentará una alternativa de solución. Por favor, general McDonald.

Alto y delgado, con una bien cuidada barba puntiaguda que se había dejado crecer en homenaje a su ídolo, el general Custer, azote de los pieles rojas en el siglo XIX, el general

McDonald acomodó los papeles que había sacado de su car-  
tapacio y comenzó a leer.

—Aunque todos ustedes conocen la historia del conflicto, he creído conveniente hacer una breve síntesis introductoria para situar la cuestión. Lo que ahora llamamos la guerra latinoamericana comenzó hace once años con una serie de levantamientos en Guatemala, Honduras, Colombia y Bolivia. En un principio pensamos que las fuerzas militares de esos países bastarían para controlar la situación, aunque sería necesario darles asistencia en forma de armamento especializado y adiestramiento en técnicas de contrainsurgencia. La asistencia fue amplia, pero la ineptitud de los generales latinoamericanos resultó mayor todavía y las zonas controladas por los guerrilleros se fueron extendiendo. Hubo después brotes generalizados en las zonas montañosas y selváticas de Venezuela, Perú, Ecuador, el centro y nordeste de Brasil, Paraguay, el norte de Argentina, la región central de Chile, Haití y la República Dominicana. Se registró también una intensa actividad de guerrilla urbana en todos esos países. Ante el fracaso de los mandos locales para sofocar las guerrillas, tuvimos que despachar fuerzas de apoyo, particularmente a zonas clave, como los campos petroleros de Venezuela, las regiones mineras de la cordillera andina, el canal de Panamá, las áreas industriales de Brasil y Argentina, la franja de la carretera transamazónica y la cuenca del Paraná. Eso fue hace siete años. Inicialmente se trataba de pequeños destacamentos a nivel de compañía o de batallón, destinados a proteger instalaciones estratégicas. Pero nuestras tropas fueron fuertemente hostigadas y ello nos obligó a una intervención cada vez más amplia para reforzar los destacamentos y ensanchar los cinturones de protección en torno a las áreas críticas. Tuvimos también que realizar operaciones ofensivas, cumplir funciones de policía y, en algunos países, tomar a nuestro cargo los servicios de control de elementos subversivos. A la fecha tenemos comprometidas 215 divisiones, con un total de casi 2 400 000 hombres, más dos flotas, la tercera y la quinta, encargadas del bloqueo

naval y de las operaciones de apoyo artillero y de cobertura aérea desde portaviones. El ejército del aire participa con 6 500 aparatos, en su gran mayoría cazabombarderos tácticos y helicópteros artillados. Esto sin contar las unidades de transporte aéreo que, dentro de la nueva organización, fueron transferidas a las divisiones de infantería para lograr mayor flexibilidad de operación. Contamos también con 4 100 000 hombres y unos tres mil aviones y helicópteros de los ejércitos nacionales, que operan coordinadamente con nuestras fuerzas expedicionarias, así como con una importante fuerza naval conjunta formada por las marinas de cinco países latinoamericanos y de Sudáfrica, que equivale a dos tercios de una de nuestras flotas.

"Pero —agregó barriendo con la mirada a los presentes—, y en esto debemos ser claros, señores. . . muy claros, pues no estamos hablando ante los periodistas. . . la verdad, la verdad monda y lironda, es que estamos perdiendo esta guerra. Y eso lo saben ustedes tan bien como yo."

Esperó unos instantes para medir el efecto de sus palabras, mientras el silencio sólo era interrumpido por carraspeos, tosecillas y nerviosos movimientos de quienes se acomodaban en sus asientos.

—Sí —remarcó—, estamos perdiendo la guerra. Y la estamos perdiendo sin que en siete años hayamos tenido una batalla digna de ese nombre. Si hubiéramos librado batallas como las de Antietam, Verdún, las Ardenas, El Alamein, Stalingrado, o siquiera como la de Dien Bien Phu, podría pasar. Pero los partes militares no hablan más que de escaramuzas, emboscadas y sabotajes. ¿Cómo es posible que en esas condiciones tengamos un ocho por ciento anual de bajas? ¿Cómo podemos justificar el haber perdido el año pasado casi doscientos mil hombres entre muertos y heridos? Y eso a pesar de que el peso de las operaciones de búsqueda y destrucción corre a cargo de las fuerzas nativas, que sufren pérdidas todavía más elevadas. Nuestras tropas tienen el mayor poder de fuego que ha conocido la historia. Tan sólo en Colombia y Bolivia hemos descargado un tonelaje

de bombas y obuses superior al empleado en Europa y África durante toda la Segunda Guerra Mundial. Hemos logrado, es cierto, mantener bajo relativo control las vías de comunicación, las zonas mineras y petroleras, las aglomeraciones industriales y las áreas urbanas. Pero en el campo los rebeldes son los verdaderos amos, y aún en las ciudades hemos tenido que convertir las fábricas, los puertos y los almacenes en auténticas fortalezas. La moral de las tropas se encuentra por los suelos y los movimientos pacifistas son un cáncer nacional que corroe y destruye a este país.

"No quiero hablar —prosiguió— de lo que sucede con nuestros aliados. Ustedes saben muy bien que en sus filas la disciplina se está desmoronando y las desertiones comienzan a resultar inquietantes. Pero lo que me importa es nuestro ejército, porque a fin de cuentas esta guerra no la van a ganar los brasileños, ni los venezolanos, ni los argentinos, sino nosotros. De nuestras fuerzas armadas depende salvar a América del comunismo. Y tampoco quiero... no se inquieten, señores... buscar chivos expiatorios. Nos hemos reunido aquí para hablar de cómo vamos a ganar esta guerra. Porque, eso sí, se los aseguro, hemos de ganarla."

Una vez más calló para dejar que sus palabras permearan la mente de los generales y almirantes y luego continuó sosegadamente:

—Pero antes de informarles cómo la ganaremos, deseo que el general Sanders les explique por qué la estamos perdiendo.

—La explicación es clara —comenzó Sanders, que en el pecho lucía cinco hileras de condecoraciones, testimonio de su participación en medio siglo de conflictos, desde las postreras batallas de la Segunda Guerra Mundial, hasta la latinoamericana, pasando por las de Corea, Vietnam, Irán, la península arábiga y las "acciones de policía" en Líbano, la Dominicana, Haití, Senegal, Grecia, Pakistán y las Filipinas—. Estamos librando una guerra de armamentos, pero en realidad esta es una guerra de seres humanos. Luchamos contra un enemigo disperso, huidizo, taimado, que se dilu-

ye cuando nos aproximamos, reaparece cuando nos alejamos, se agrupa cuando nos ataca y se dispersa antes de que contraataquemos. Es un enemigo que está en todas partes y en ninguna, una legión de fanáticos que a la luz del día simulan ser pacíficos obreros, campesinos o estudiantes y por la noche se convierten en asesinos. Viven escudados en la población, confundidos con ella. No hay manera de identificarlos. El mesero que me sirve obsequiosamente un martini en un bar de Caracas puede ser el terrorista que esa noche haga volar un depósito de combustible. Peleamos contra un enemigo silencioso, invisible, traicionero, contra bandas de criminales, no contra ejércitos regulares. Y en esas condiciones, de nada sirve nuestra potencia de fuego, nuestra organización superior, nuestra gran capacidad logística. Es inútil tener los cañones más poderosos si no hay blancos contra los cuales disparar. Nuestros bombarderos no pueden dedicarse a destruir casuchas de varas y paja que se reconstruyen en 24 horas. Ellos pelean con fusiles, morteros, granadas y lanzacohetes, con cargas de dinamita y trampas para bobos. Es un armamento que pueden ocultar en cualquier parte y llevarlo a la espalda cuando lo necesitan. Nuestra estrategia de tratar de aplastarlos con un poder ofensivo de tal magnitud ha fracasado simple y llanamente porque eso equivale a querer matar hormigas a balazos. Y esto no lo digo con la intención de criticarlos. Yo mismo apoyé esa estrategia, porque es la que aprendimos en West Point y la que nos dio la victoria en muchas guerras. Pero hoy estamos ante una situación nueva. Aquí no tenemos blancos estratégicos que destruir, como en Alemania, Corea o Vietnam del Norte. No hay fábricas que bombardear, puentes que volar, carreteras o ferrocarriles que cortar, puertos que minar, buques que hundir, aviones que derribar, aeropuertos que inutilizar o refinerías que incendiar. Al contrario, todo eso tenemos que protegerlo porque es nuestro. No podemos hacer lo que en Vietnam del Norte, bombardear y bombardear hasta dejarlos en ruinas, devastar la economía del país y devolverlos a la edad de piedra. Las fábricas y las minas

son nuestras, y la industria norteamericana no podría funcionar sin las materias primas latinoamericanas. Ellos pueden vivir como seres primitivos, en aldeas, comiendo lo que cultivan o cazan y fabricando artesanalmente sus utensilios. Nosotros no.

Tomó aliento y continuó al mismo ritmo atropellado:

—Ésa es la gran diferencia. Nosotros luchamos con máquinas. Ellos con hombres. Durante casi un siglo, desde la Primera Guerra Mundial, hemos estado desarrollando una tecnología militar cada vez más avanzada, con cañones de largo alcance, bombas de demolición, sistemas de radar, cohetes tierra-aire, aviones sin piloto, misiles estratégicos... Hemos estado perfeccionando medios para hundir acorazados, perforar el blindaje de los tanques, derribar bombarderos, volar nudos ferroviarios o arrasas ciudades enteras. La Primera Guerra Mundial fue el réquiem de las masas de infantería y las cargas de caballería. Desde entonces, el arte militar dejó de ser el choque de hombres contra hombres para convertirse en el choque de máquinas contra máquinas. La Segunda Guerra Mundial lo confirmó, y por eso seguimos perfeccionando esas técnicas de destrucción en masa, de poder de fuego concentrado, de ataques a blancos distantes, invisibles, a centros nerviosos de la economía de un país. Sabíamos, y nuestras victorias lo probaron, que podíamos ganar una guerra con un mínimo de bajas si lográbamos aplicar golpes certeros y efectivos en puntos clave del territorio enemigo, si lográbamos paralizar su economía, destruir sus fábricas de material militar, privarlo de materias primas, desquiciar sus sistemas ferroviarios, dejar a sus blindados sin combustible, devastar sus centros de población, destruir sus puentes y arruinar sus puertos. Hay ejemplos recientes, por todos ustedes conocidos, de divisiones acorazadas enteras que debieron volar sus municiones, inutilizar las máquinas y rendirse, pese a que habían perdido sólo una pequeña parte de sus efectivos y causado grandes pérdidas al enemigo, por haberse quedado sin gasolina a consecuencia de bombardeos y operaciones navales en su retaguardia.

guardia, que les cortaron las líneas de abastecimiento. O tenemos el caso de la tercera guerra del Medio Oriente en 1967, que se convirtió casi en un desfile militar para los judíos gracias a que, con un ataque por sorpresa, destruyeron en tierra la aviación egipcia y dejaron sin cobertura aérea a las tropas. Recuerdo aquellas hileras interminables de soldados árabes que se retiraban sin poder combatir, dejando abandonado material, armamento, e incluso las botas, porque los cazabombarderos israelíes, que eran dueños del cielo, no solamente los acibillaban desde el aire sino les impedían recibir aprovisionamientos. En fin, podríamos seguir poniendo ejemplos. Pero no es necesario. Está claro que aquellas carnicerías a la usanza napoleónica, en que triunfaba el ejército que podía matar más soldados del contrario, ya habían pasado a la historia.

Se humedeció la boca con un trago de agua y agregó:

—Pero a partir de Vietnam las cosas comenzaron a cambiar. Ésa fue la primera gran guerra en la que no se enfrentaron dos ejércitos clásicos. De un lado, el de los franceses primero y el nuestro después, se utilizaron las fórmulas convencionales, que habían dado tan buen resultado. Del otro, del de los comunistas, se empleó lo que llamo la táctica de las abejas: En lugar de un ejército integrado según los patrones acostumbrados, había una caricatura de ejército, a base de pequeñas unidades regulares de infantería dotadas de armamento ligero, sin artillería, aviación, tanques, fuerzas navales, cohetes de largo alcance ni medios motorizados. Esas unidades, que se movían a pie por senderos de montaña inaccesible a nuestros blindados y tan bien cubiertos por la vegetación que no podían descubrirse desde el aire, multiplicaban sus efectivos con reclutas temporales, de la misma zona en que se encontraran, cada vez que lanzaban un ataque. Después, esos reclutas simplemente enterraban el fusil junto a un árbol, tomaban el arado y simulaban ser inocentes y estúpidos campesinos. Quien los viera no podría sospechar que la noche anterior andaban arrasando cañas de bambú repletas de gelinita. Por eso hablo de

la táctica de las abejas. ¿Han tratado ustedes alguna vez de acabar con un enjambre de abejas? A golpes es imposible. Se concentran, atacan furiosamente por todas partes y se dispersan en todas direcciones al primer manotazo. Y, aún exterminándolas con insecticida, hacen mucho daño antes de morir.

"Pues bien, lo de Vietnam debió abrirnos los ojos y hacernos ver que estábamos de nuevo en el punto de partida; que habíamos regresado a la época de las legiones romanas o de las guerras napoleónicas. Digo esto en el sentido de que una vez más el problema principal del arte militar era el de matar al mayor número posible de soldados enemigos. Ya no alineados en masa, en cuadros y columnas, en grandes formaciones de maniobra, sino dispersos, escurridizos, taimados. Soldados a medias, que viven como civiles y pelean como militares, que no usan siquiera uniforme. Nuevamente, el objetivo era el hombre y no la máquina. Sin embargo, el ser humano es lento para aprender, y la lección de Vietnam no nos abrió los ojos. Sobre todo porque después hubo varias guerras locales, contra ejércitos clásicos pero débiles, a los que pulverizamos sin mayores dificultades. Y las acciones de policía en que debimos enfrentarnos a fuerzas guerrilleras fueron de muy corta duración, contra grupos inexpertos y embrionarios que surgieron en respuesta a nuestras intervenciones. Por eso ahora estamos metidos en este atolladero. No supimos percibir a tiempo que la Guerra Latinoamericana sería un conflicto prolongado y extenso. Quisimos resolverlo a la manera usual y... bueno, ya les dije cuál es la situación después de siete años."

Miró sus apuntes, se acomodó en el asiento y continuó:

—Hace un par de meses, la unidad de evaluación y análisis que dirijo hizo un examen a fondo del problema y llegó a la conclusión que les he dicho: la solución está en matar al mayor número posible de enemigos. En realidad, tanto intuitivamente, ya habíamos estado obrando en esa dirección. Muchas de las tácticas y estrategias que utilizamos de dos años a la fecha obedecen a ese propósito, y he-

mos desarrollado una buena cantidad de armas y procedimientos, de los que, a su turno, les hablará el doctor Rand.

"Desde luego, aniquilar enemigos se antoja fácil. Viene haciéndose desde la época de las legiones romanas y no parece ofrecer mayores dificultades en esta época de ametralladoras y fusiles de repetición. Pero no es cosa simplemente de matar gente a tiros y bayonetazos. Hemos topado con con muchas dificultades en ese terreno. Buena parte de nuestras tropas son de origen chicano o negro y se resisten a cumplir órdenes de exterminio de sospechosos. Incluso ha habido conatos de insubordinación y desertiones de pelotones completos que se pasaron a los rojos. Para evitarlo, tuvimos que reestructurar las fuerzas, encuadrando a negros y chicanos en universidades mayoritariamente blancas, donde es más fácil controlarlos. Pero aún así el cumplimiento de las órdenes es pobre, pues tenemos un trabajo psicológico muy deficiente en el ejército. Nuestros exsoldados son los pacifistas más activos y están levantando demasiada polvareda en casa con acusaciones sobre crímenes de guerra. Eso es funesto para la moral en la retaguardia y para calmar un poco a la opinión pública ha sido necesario someter a corte marcial a unos cuantos tenientes.

"Por cuanto a las tropas nativas, la situación es peor. Hay cuerpos de élite excelentes, notables por su profesionalismo y eficiencia, como los rangers bolivianos y brasileños, o las tropas de asalto chilenas, que no desmerecen en nada junto a nuestros boinas verdes. Pero son una gota en el océano. El grueso de los soldados nativos, reclutados por el servicio militar obligatorio, carecen de espíritu combativo y, lo que es peor, fraternizan con el enemigo pasiva o activamente. Entre ellos, el índice de desertiones es muy elevado. Presumiblemente muchos se pasan al bando comunista, pues desaparecen con armas y equipo. Los motines, por lo demás, han sido cada vez más frecuentes durante los últimos meses entre las tropas peruanas, ecuatorianas y chilenas. Sabemos también que por todas partes hay una intensa propaganda subversiva, y aunque hemos atrapado y



2894211

fusilado a buen número de agitadores, nuestro servicio de inteligencia prevé que en cualquier momento pueden estallar rebeliones a nivel de compañía y quizá de batallón. Por supuesto, hemos tomado las providencias necesarias para sofocarlos, pero sería desastroso que ocurrieran. Esas cosas son como el fuego en un polvorín. Pueden extenderse, o al menos obligan a distraer fuerzas para combatirlos.

"Así pues, señores, en resumen: para ganar esta guerra, debemos matar al mayor número posible de enemigos, pero no podemos hacerlo en la forma acostumbrada. Hay que encontrar un nuevo procedimiento, efectivo y rápido, porque el tiempo es nuestro peor enemigo. Un procedimiento que permita acabar cuanto antes con las abejas rojas. Un procedimiento que, además, cumpla ciertos requisitos sin los cuales sería inútil o de efectos limitados. De ello les hablará el doctor Rand."

Mofletudo y regordete, vestido siempre a la última moda, con cierto aire de hombre de negocios y proclive a celebrar con ruidosas carcajadas cualquier chiste, el doctor Rand difícilmente parecía merecer el sobrenombre de Doctor Insólito con que lo habían bautizado sus colegas de la poderosa empresa de estudios estratégicos y militares que presidía. Solamente al mirar de cerca sus ojos grises, fríos y acerados, penetrantes como un taladro de diamante, que causaban escalofríos cuando se posaban fijamente en su interlocutor, podía descubrirse la dureza e insensibilidad de aquel hombre de quien se decía que si hubiera necesidad de usar a su propia madre como conejillo de indias para probar un nuevo tipo de armas, se ofrecería para sujetarla.

Rand se ajustó el nudo de la corbata y se la alisó con aquel movimiento automático, casi un tic nervioso, que precedía a todas sus alocuciones formales. Pero no se limitó a ello. Se quitó los anteojos de delgada montura, extrajo un pañuelo del bolsillo superior de la chaqueta, los frotó lenta y concienzudamente con él concentrándose en la operación, los examinó a contraluz, depositó el pañuelo sobre la mesa, se colocó nuevamente los anteojos, tomó el

pañuelo, lo dobló con todo cuidado, se lo metió en el bolsillo, sacudió una inexistente mota de polvo de su solapa derecha, se acomodó las bocamangas de la camisa de manera que sobresalieran un centímetro, levantó la cabeza, recorrió con la vista a los presentes y comenzó a hablar. Durante todas estas operaciones, ejecutadas con una calma y una lentitud exasperantes y sin dirigir en ningún momento la mirada a nadie, no se escuchó en la sala un solo sonido, fuera del casi imperceptible zumbido de las grabadoras, ni hubo quien se atreviera a retirar los ojos de él. Entre todos ellos, Rand era el hombre más poderoso. Más que el propio secretario de la Defensa, que había sido director de investigaciones especiales en su multimillonaria empresa. Más aún que el propio presidente de la nación. De las recomendaciones de Rand Strategic and Tactical Studies, Inc., basadas en los análisis y evaluaciones de su impresionante equipo humano —el *think tank*, el tanque pensante, como se le llamaba—, que comprendía a cientos de los más brillantes físicos, economistas, matemáticos, antropólogos, ingenieros, sociólogos, ecólogos, botánicos y químicos del país, dependía, a fin de cuentas, toda la estructura militar representada por aquel cónclave de generales y almirantes. Un informe de dos hojas bajo el estilizado membrete de las siglas RSTS podía ser suficiente para decidir la construcción de dos mil aviones de combate, enviar al deshuesadero media docena de acorazados, poner bajo banderas 300 000 hombres, asignar sumas astronómicas a un proyecto especial, recortar en miles de millones de dólares el presupuesto de un cuerpo de ejército, iniciar el desarrollo de nuevas y fantásticas armas, reforzar con dos divisiones tropas destacadas en el otro extremo del mundo, construir o dismantelar gigantescas bases militares, otorgar multimillonarios contratos a una empresa, remover los mandos de la flota, modificar de principio a fin planes de combate largamente discutidos, despachar fuerzas de intervención a remotos y minúsculos países, crear nuevas secciones en el ejército o concertar complejas alianzas militares. Una simple tarjeta con su firma bajo dos

líneas apresuradamente garrapateadas bastaba para colocar en puestos claves de cualquier gran consorcio industrial a personas de su confianza.

Nadie alrededor de la mesa ignoraba todo esto. Nadie ignoraba que RSTS era más —muchísimo más— que una simple empresa consultora. Todos sabían que era una especie de gigantesca telaraña cuyos hilos se extendían por todo el inmenso aparato industrial-militar de la nación. Hábilmente, favoreciendo a ciertas empresas o jefes militares con sus recomendaciones sobre desarrollo de nuevas armas, protegiendo los intereses de otras en el extranjero mediante proposiciones de intervención armada, concertando convenios secretos con industriales y financieros, realizando sobre seguro maniobras bursátiles, situando a sus hombres en la dirección de consorcios que así le pagaban los favores, cebando a generales y almirantes con tentadoras ofertas de empleo para cuando llegaran a la edad de retiro, exquisitamente sensible a la dirección en que soplaran los vientos de la política, endemoniadamente hábil para llevar a su empresa a hombres de talento excepcional, el doctor Rand había logrado en unos cuantos años tejer la red que unía y envolvía a docenas de empresas que por décadas se mantuvieron aisladas, luchando entre sí tan ciega y estúpidamente como dinosaurios. A partir de una poco influyente empresa de asesoría, Rand supo usar en su provecho el aplastante poderío de aquellos monstruos industriales y financieros, dirigiendo inteligentemente sus embestidas en la dirección propicia, hasta llegar a tener en un puño —un puño envuelto en guante de seda— toda aquella inmensa armazón que iba desde pequeñas fábricas de espoletas para granadas hasta gigantescas plantas de cohetes intercontinentales, pasando por cuarteles, portaviones y salas de estado mayor.

Seco y preciso, según su estilo, comenzó a dejar caer las palabras con la precisión de una mira de bombardeo dirigida por rayos láser y sin mirar una sola vez las tarjetas de notas que había extendido en abanico sobre la mesa. Aquel hombre parecía tener todos los datos en la memoria.

—El problema, como lo ha expuesto el general Sanders, se reduce a un punto: encontrar una manera de matar al enemigo. Pero ese problema tiene dos vertientes: cuánto y cómo.

"Comenzaremos con las cifras. No debemos olvidar que estamos luchando en una región poblada por mil millones de seres humanos, con una de las tasas de natalidad más altas del mundo. Tan sólo para mantener el equilibrio actual, y eso sería insuficiente, pues ya vimos que en el presente estado de cosas vamos perdiendo la guerra, habría que matar a un número de gente igual al que nace. Esto es, 25 millones de personas al año, en números redondos. Porque, dada la situación, cada habitante de la región, inclusive los soldados de nuestros ejércitos aliados, es un enemigo potencial. Si los dejamos multiplicarse, cada vez tendremos más adversarios. Aún limitándonos a las zonas rurales, donde es mayor el peligro comunista, tendríamos que aniquilar anualmente a doce millones. Esto, insisto, es tan sólo para conservar el equilibrio. Si quisiéramos inclinar la balanza a nuestro favor y alcanzar la victoria en un plazo razonable, digamos no mayor de cinco años, habría que pensar en cifras del orden de treinta millones de muertos anualmente en las zonas rurales y de unos cincuenta millones para el total de la región. Liquidar a un número tan grande de gente presenta enormes dificultades técnicas y de otro tipo. Eso nos lleva al segundo punto: cómo.

"Odio ser repetitivo, pero tengo que subrayar que, como dijo mi buen amigo Sanders, si bien hemos vuelto a un tipo de guerra que creíamos, erróneamente, superado para siempre, en que el objetivo ya no son las máquinas ni la estructura económica del enemigo sino el cuerpo humano, no podemos pensar en matar a bayonetazos ni a tiros, en encuentros cara a cara o cuerpo a cuerpo: ni siquiera a cañonazos. Hay gente que tiene demasiados escrúpulos para hacerlo; sobre todo cuando el enemigo no es fácilmente identificable, sino que se oculta bajo la inofensiva apariencia de civiles, y en él se incluyen mujeres y niños.

Lo que necesitamos son procedimientos que eviten la relación hombre-hombre, que permitan matar impersonalmente, sin ver la cara al enemigo. No es que yo sea particularmente sensible. Tan sólo pienso en los problemas que ya se han mencionado respecto a la reticencia de muchos individuos de tropa para ejecutar las instrucciones de tiro libre sobre civiles o supuestos civiles sorprendidos en áreas de evacuación forzosa, o de ejecución de sospechosos de colaboración con las guerrillas. Por desgracia, el grado de concienciatización de nuestros soldados se ha visto frenado por la propaganda pacifista, y las tropas nativas son menos confiables todavía.

En cuanto a los procedimientos habituales de bombardeo, son inefectivos. En las zonas rurales, por la amplia dispersión de los objetivos individuales. En las áreas urbanas, por la obvia imposibilidad de aplicarlos. Por otro lado, los elementos hostiles no se encuentran debidamente identificados y no podemos aplicar una política generalizada de eliminación, dado que ello implicaría la liquidación de mano de obra necesaria para la economía.

La eliminación tiene que hacerse de manera individual, distribuyendo la potencia de fuego en un gran número de armas antipersonales sobre amplios territorios, para hacerla equivalente a la densidad de población, o concentrándola específicamente en agrupamientos humanos limitados. Hemos estado trabajando en el asunto y contamos con armas bastante eficientes. Olvidando la modestia, podría decir que excelentes. Por ejemplo, las bombas-muñeca de balines, los explosivos volantes, las granadas saltarinas, el napalm B de penetración profunda, los racimos de granadas de nitrofóforo, los torpedos aéreos UZ y las bombas de reducción de oxígeno. Sin embargo, y esto puede tomarse como una autocrítica, no son todo lo satisfactorias que desearíamos. El problema principal es que se requiere usarlas en grandes cantidades y, dado lo extenso del territorio y lo numeroso de la población, estamos todavía muy por debajo del nivel óptimo de saturación necesario para lograr un número im-

portante de bajas. Por otro lado, los comunistas han aprendido a neutralizar algunas de esas armas con procedimientos rudimentarios pero efectivos. Esto, desde luego, no nos sorprende. Es la vieja historia de la coraza y el cañón. Ante las medidas defensivas del enemigo, tenemos que desarrollar armas ofensivas más poderosas, y cuando aprenda a defenderse de esas nuevas armas, sorprenderlo con otras para las cuales no esté preparado. Sólo que, por razón de la insuficiente producción y dispersión, ninguna de las armas que continuamente hemos estado introduciendo ha podido tener el efecto masivo de sorpresa que, mantenido por un tiempo, logre el propósito de causar una cantidad de bajas superior a la tasa de crecimiento natural de la población.

"Por ello orientamos nuestros esfuerzos a la búsqueda de una solución radicalmente nueva que cumpla los siguientes requisitos:

"a) El arma empleada debe ser totalmente automática.

"b) Debe poder operar autónomamente por muy largos periodos en cualquier tipo de terreno donde se desplacen seres humanos.

"c) Su potencia de fuego debe ser muy alta, pero a la vez divisible en descargas limitadas, de magnitud variable, sobre blancos individuales o pequeños grupos de blancos.

"d) El arma no debe poder ser destruida ni neutralizada.

"e) La potencia de fuego debe mantenerse al mismo nivel durante todo el periodo de operación, sin necesidad de reabastecimiento.

"f) El efecto psicológico combinado de su poder de aniquilación, su invulnerabilidad y la imposibilidad de neutralizarla debe ser lo bastante grande para aterrorizar a la población y hacerla renunciar a toda resistencia.

"Se trata, por supuesto, de exigencias muy difíciles de cumplir. Pero para Rand Tactical and Strategic Studies no hay misión imposible. Para resolver el problema (y aquí debo hacer un paréntesis para aclarar que comenzamos a trabajar en él hace tres años, mucho antes de que mi buen amigo Sanders y su unidad de evaluación y análisis llegaran



---

con paso rápido hacia él esgrimiendo en la mano derecha un pequeño puntero, como si se dispusiera a dirigir una orquesta o a dictar una conferencia.

Sin preámbulo alguno, comenzó a hablar con aquella voz ligeramente nasal que le había valido el mote de Trompetín entre sus alumnos del Instituto de Estudios Avanzados de Quinceton.

—El S-1, la S por Supermán, representa la conjugación de varios grandes avances científicos y tecnológicos de los últimos cinco años, algunos de ellos todavía fuera del dominio público por su carácter militar. La fuente de energía, que alimenta tanto a los elementos motrices como a los mecanismos de fuego, en un reactor compacto de microfusión-fusión con elemento láser para el inicio de la reacción primaria. Su carga de plutonio y deuterio permite un flujo continuo de 285 kilowatts durante 20 años. Esto le permitirá desplazarse continuamente durante todo ese tiempo a quince kilómetros por hora, que es más del doble de la velocidad de un hombre a buen paso, y al mismo tiempo acumular el sobrante de la energía producida, en celdas de tetrafluoruro de cadmio-selenio con separadores de wolframio, para abastecer a los dispositivos de fuego.

—Recuerdo el día que aparecieron las primeras máquinas —dijo el anciano mientras la mirada de su único ojo se perdía entre las nubes doradas del atardecer—. Estaba yo desgranando maíz cuando llegaron por el camino de Coyotitlán. Eran tres, y al principio nos parecieron tanques. En esa época ya habían prohibido hacer refugios. Al que pescaban haciéndolos o metido en uno, lo fusilaban. Pero ya sabíamos darnos maña para hacer las cercas de piedra, los corrales y las porquerizas de manera que sirvieran para protegernos. Así que cuando las vimos bajando el cerro, sin mucho alboroto nos fuimos escondiendo, pues pensábamos que comenzarían a disparar. Pero cuando se acercaron, nos extrañó que fueran tan chicas. Nunca habíamos visto tan-

---

ques de ese tamaño. Eran como juguetes. Y más nos extrañó que vinieran solas. Siempre los tanques llegaban con helicópteros y camiones de soldados.

La máquina continuaba inmóvil y silenciosa, como si fuera un elemento más del paisaje. Pero su interior bullía de actividad. Casi a la velocidad de la luz, sus mecanismos electrónicos procesaban sin cesar el relato y las imágenes del viejo, simultáneamente con docenas de otras imágenes y sonidos que los sensores ópticos y acústicos recogían aquí y allá por toda la aldea en su interminable vigilancia, descartando de inmediato todo aquello que no le interesaba y concentrándose en el relato.

—Llegaron al centro del pueblo, frente a la casa de Hipólito y ahí se separaron. Una se fue a parar junto a la iglesia, al lado del pozo. Otra siguió hasta el corral de la viuda de Ceferino, aquel que mataron tirándolo desde un helicóptero. La otra se fue a parar en la mera salida hacia el vado, por donde iban a regresar en la tarde los que se habían ido a la labor en el campo. En seguida mandamos dos muchachos que se fueran escondidos para avisar que no se devolvieran por ese camino. Creíamos que la máquina los estaba esperando para matarlos. Pero no. Se quedaron allí tranquilas toda la tarde, la noche y la mañana, y otra vez la tarde, y la noche y la mañana, y así cuatro días con sus noches. Lo único que se les movía eran esos tubos que les salen por todos lados.

Los chicos voltearon a mirar la máquina, con una mezcla de admiración y temor. Pero el aparato no reaccionó. Continuó imperturbable su eterna vigilancia, mirando y oyendo, nutrido de energía por la furia de la reacción termonuclear que se desarrollaba en sus entrañas a catorce millones de grados.

—La verdad, ya se nos estaba pasando el susto. Hasta empezamos a agarrar confianza, porque las dichas máquinas no hacían nada. Y además eran tan chicas que no podían tener gente adentro. Sólo que fueran enanos. Y después de tanto tiempo, ya se habrían muerto de calor bajo ese sola-

zo. Pero nada que se movían. Algunos decían que se habían descompuesto y por eso se estaban allá como piedras, moviendo sólo sus tubitos. De cualquier manera, avisamos a la comandancia del batallón móvil. Nosotros aquí sólo teníamos dos escuadras de milicia con escopetas, algunos máuseres, una ametralladora antigua de aquellas de peines de cincuenta cartuchos y un mortero tan viejo y gastado que cuando disparábamos no sabíamos para dónde iba a salir el tiro. Con eso, no les íbamos a hacer ni cosquillas. Pero en el batallón tenían cañones antitanques y bazukas.

La mención de las armas puso en tensión los mecanismos electrónicos de la máquina. Exteriormente, sin embargo, no hubo ninguna señal de ello. Seguía inmóvil, apenas visible como un oscuro bulto tenuemente iluminado por algunas distantes lámparas eléctricas. Sus sensores ópticos, empero, ya se habían ajustado a las condiciones nocturnas y, como ojos de gato, registraban con toda nitidez la arrugada cara del viejo y los embelesados rostros de los chicos, que parecían haber olvidado la presencia del aparato.

—El S-1 —Caligari tocó levemente el artefacto con el puntero y por seis ventanillas de las torretas emergieron los que parecían ser objetivos de cámaras fotográficas— cuenta con sensores visuales macrotelescópicos de alto poder de resolución. Pueden funcionar integral o separadamente. En conjunto, cubren 360 grados en el plano horizontal y 197 en el vertical. Es decir, en terreno llano y despejado, abarcan un campo visual completo, en todo el derredor y desde el nivel del suelo hasta el cenit. Situado en una prominencia, el S-1 puede abarcar más todavía, y maniobrando para situarse convenientemente, puede hacer observaciones cuesta abajo.

—Los sensores visuales —prosiguió Caligari sin dejar de jugar con el puntero— tienen una capacidad de discriminación muy superior a la del ojo humano. Pueden formar imágenes con un aumento hasta de 80 diámetros, lo



cual permite el examen detallado de objetos o personas a distancias de varios centenares de metros. Como decía, pueden además funcionar integralmente o por separado. Esto es, mantener vigilancia general sobre todo el campo visual, para formar una imagen completa de los alrededores y detectar cualquier detalle sospechoso, o concentrarse individualmente en sectores limitados.

"Para operar durante la noche, los sensores visuales están conectados a mecanismos automáticos de intensificación lumínica que proporcionan una imagen nítida con solamente la luz de la luna o de las estrellas, bajo un cielo nublado en 60 por ciento. Para las noches enteramente nubladas, se utilizan sensores de rayos infrarrojos que discernen claramente cuerpos humanos y otros objetos por el calor que emiten.

"Cuenta también con sensores electroacústicos de ganancia variable que pueden registrar sonidos equivalentes al de la voz humana en un radio de 600 metros. Los sensores están conectados a dispositivos de selección y filtro con un total de 188 canales. Ello permite identificar y examinar por separado, aislándolas de los demás sonidos ambientes, ese número de fuentes sonoras. Al igual que los elementos ópticos, los sensores acústicos pueden realizar vigilancia general por el procedimiento de escucha al azar o concentrarse, separadamente o por grupos, sobre fuentes sospechosas. Los sensores son orientables y esto, sumado a su sensibilidad variable, hace que puedan captar sonidos a considerable distancia.

—Muy calladitas, por la madrugada de un lunes, me acuerdo muy bien, llegaron tres escuadras bien armadas y municionadas. Como si nos fuéramos todos a la labor, fuimos saliendo para el campo hombres, mujeres y niños. Los de las escuadras se quedaron escondidos entre las cercas y los corrales. Con toda calma se prepararon, apuntaron y dispararon al mismo tiempo.

Caligari hizo describir un amplio círculo con el puntero para abarcar el aparato al tiempo que decía:

—El blindaje es de seis pulgadas y está hecho a base de aleaciones ligeras especiales de magnesio y vanadio mezcladas con fibras de carbono y sometidas a un proceso secreto de reordenación molecular que refuerza los enlaces entre las moléculas para darle una resistencia mucho mayor que la de un blindaje de acero de cuarenta pulgadas. Por cierto, habrán observado que cubre los sensores acústicos. Esto puede parecer extraño, pero ha sido posible gracias a un procedimiento sobre el cual tampoco puedo darles detalles por estar bajo la clasificación de secreto máximo, que recoge las vibraciones sonoras que inciden sobre el material de las torretas, las convierte en impulsos eléctricos que se transmiten por el mismo material y las retransforma en señales sonoras en el interior, conservando exactamente su dirección original.

—Este blindaje —añadió con una sonrisa que le iluminó el rostro— ha resistido en las pruebas, sin sufrir más que arañazos, impactos directos de obuses de 105 con carga hipercónica de penetración. Puedo asegurarles que ningún arma que posean los guerrilleros es capaz de perforarlo.”

El anciano calló unos instantes, con la mirada fija en un lucero que comenzaba a levantarse tras los cerros, como si volviera a vivir aquel día, y añadió sin cambiar el tono de voz:

—Los cañonazos y los bazukazos nomás rebotaron o estallaron sobre las máquinas. Y cuando se fue el humo, ahí seguían, como si la cosa no hubiera sido con ellas. Les volvieron a tirar, y nada. Otra vez, y lo mismo. Así estuvieron los artilleros un buen rato, afinando la puntería con todo cuidado y probando desde otros ángulos. Hasta parecía que sólo estaban haciendo ejercicios de tiro. Pero las máquinas ni se sacudían. Y de repente, que aparecen los aviones y empiezan a aventar cohetes, bombas de 250 kilos, napalm



aquí y por allá, hacia otros rumbos. Ni siquiera pudimos volver a recoger nuestras cosas. Pero por todas partes era igual. Íbamos para un pueblo, y nos topábamos con gente que venía huyendo de allá. Íbamos para otro, y lo mismo. Había máquinas de ésas por todos lados. Unas llegaron caminando. A otras las echaron en paracaídas. Algunas las llevaron en camiones. Pero todas andaban en lo mismo: matando gente. Sobre todo a los hombres, aunque también mujeres y niños. No había manera de defenderse. Lo único que podíamos hacer era escondernos. Cuando uno se encontraba con ellas, no sabía si le iba a tocar o no, porque a veces pasaban sin hacerle caso, pero otras empezaban a cazar gente desde lejos. Algunas se estaban días y días en el mismo lugar, sin moverse, como si descansaran, y de repente empezaban con su matazón. O andaban como perros rabiosos, sin parar, día y noche, quemando y tumbando casas, sembradíos y graneros, matando gente y hasta puercos y gallinas. Nuestros soldados les tiraban con lo que podían, les ponían trampas y minas, pero nada. Supimos que en Coatejoluca pudieron enterrar una con un derrumbe en el paso del encinar, pero luego hubo allá un bombazo terrible que desgajó el cerro completito y mató a todos los que andaban cerca. Parece que la máquina reventó por el peso de tanta piedra.

—El S-1 es virtualmente indestructible —subrayó Caligari sin poder ocultar su orgullo—, al menos con las armas más poderosas que puedan tener los guerrilleros. Pero hemos previsto aún el improbable caso de que logran destruirlo o averiarlo seriamente. Si los sensores acústicos o visuales dejan de funcionar, o si la máquina pierde comunicación con su base por más de noventa minutos, un dispositivo automático transforma la carga de plutonio y deuterio del reactor en una bomba nuclear con radio de destrucción total de un kilómetro. Después de que vuele la primera, no habrá comunistas lo bastante imbéciles para repetir el juego.

Don Severo calló largo rato, ensimismado en sus recuerdos y entrecerrando el único ojo como si escudriñara la negrura de la noche en busca de palabras para describir aquellos tiempos de horror.

—Sí —prosiguió sin que durante su prolongado silencio lo interrumpiera ninguno de sus oyentes—, fueron días muy duros. Había tantos muertos que ya ni los enterrábamos. A unos los mataban las máquinas. Otros morían de hambre o de enfermedades. Los únicos que engordaban eran los zopilotes. Ésos sí que se dieron gusto. El cielo negreaba con ellos y por todas partes andaban chillando y revoloteando sobre los cadáveres. Nosotros comíamos hierbas, culebras o perros, y cuando bien nos iba, un poco de maíz o de frijol que podíamos sacar de los pueblos quemados. Pero era peligroso entrar en ellos. Si las máquinas andaban de buen humor, nos dejaban tranquilos; si no, ahí lo tumbaban a uno, sin avisar y sin hacer ruido. Y, además, los aviones. Las máquinas les avisaban por dónde andaba la gente y para allá iban. A ésos por lo menos les tirábamos con las antiaéreas o los cohetes y algo les hacíamos, pero de todas maneras nos perjudicaban mucho.

—Respecto a la comunicación, está asegurada por cuatro transmisores-receptores de microcircuitos impresos. Dos son de alcance medio y dos para enlace vía satélite. La duplicidad de sistemas obedece a que, en la remotísima posibilidad de una falla, siempre tengamos un transmisor de cada tipo en reserva. Eso nos dará tiempo suficiente para enviar un equipo de reparación. Los aparatos de alcance medio servirán para la comunicación entre máquinas que operen en la misma zona. Los de enlace por satélite, para comunicación con las que se encuentren en sectores alejados y con las bases centrales. De este modo, sus operaciones podrán coordinarse a cualquier nivel que se desee, lo mismo entre pequeños grupos de máquinas que en grandes formaciones ampliamente distribuidas por el Continente.

---

"Un sistema Navsat permitirá ubicar la posición de cualquier máquina con un margen de error inferior a quince metros. Este sistema opera en dos direcciones. Es decir, el S-1 puede tanto determinar instantáneamente su posición mediante señales de satélite, como transmitir al puesto de mando señales que indiquen su ubicación. En todo momento sabremos exactamente dónde tenemos cada una. También sabremos al instante y con todo detalle lo que está haciendo. Y con este sistema, las máquinas pueden también dirigir incursiones aéreas y ataques de artillería."

—Como quien dice, nos estaban pegando hasta por debajo de la lengua. Nada podíamos hacer contra las máquinas. Sólo huir y huir, sin saber ni a dónde. La cosa se puso más difícil porque al principio, cuando creíamos que las máquinas eran como los tanques, volamos muchos puentes para que no pudieran pasar, y después los que no podíamos pasar éramos nosotros. A las máquinas ni les importaba. Ésas solamente andaban rondando de acá para allá. Si llegaban a un lugar donde no había paso, pues se daban media vuelta y ya. Muchos soldados de las milicias y los batallones móviles estaban emboscados en los caminos esperando que llegaran tropas, porque pensábamos que les iban a llegar refuerzos. Pero fue sólo para perder el tiempo, porque nunca aparecieron. No sabíamos todavía que las máquinas andaban solitas, como almas en pena, sin soldados que las acompañaran o las manejaran.

Nuevamente el anciano calló, esta vez con una profunda expresión de tristeza que describía mejor que nada aquellos interminables días de muerte, horror, derrota y confusión, aquellas terribles jornadas de fuga y desesperanza, el tremendo sentimiento de impotencia que desmoralizaba a los guerrilleros al enfrentarse al aplastante poderío de una técnica desconocida e invencible.

—Y usted, ¿tenía mucho miedo? —preguntó tímidamente uno de los niños.

—La verdad, sí. Pero no miedo a morir —respondió encogiéndose de hombros y volteando hacia el sitio donde se adivinaba el pequeño bulto negro de la máquina—, porque yo ya estaba viejo y además me habían tocado tantos cañonazos y bombardeos que seguía vivo de puro milagro. Y sobre todo, me daba mucha rabia ver cómo nos estaban acabando. Muchos se volvieron locos. Se tiraban contra las máquinas, les pegaban con palos y piedras, llorando y gritando. Y de repente, ahí se quedaban quietecitos, con ese agujerito que los atravesaba de lado a lado, sin sangre y apenas medio chamuscado en las orillas. Los que nos salvamos no teníamos casa ni ropa ni comida. No podíamos sembrar, porque llegaban las máquinas a los campos cuando menos esperábamos, matando a uno por acá, otro por allá, o a todos de una vez. Había algo de comida escondida en las cuevas por los montes, pero era poca. Sólo para los guerrilleros que anduvieran en combate. Así que cuando la repartieron, se acabó en seguida.

“Para empeorar las cosas, comenzaron las aguas. No sé si habrá llovido más que otros años, pero a los que estábamos remontados nos parecía que no paraba de llover. Nos medio cubríamos con capas de paja y hacíamos casitas de hojas de platanillo, pero todo el tiempo estábamos empapados. Dormíamos entre lodo, temblando de frío, y sin saber cuándo nos iba a llegar una máquina. Algunos ya ni se levantaban. Se quedaban tirados diciendo que era mejor morir. Los guerrilleros casi no peleaban. Sólo cuando los atacaban aviones que volaran bajo. Contra los bombarderos grandes, que andan muy arriba, nada podían hacer.

“Así pasamos muchas semanas, cada vez más desesperados. Por fin, comenzaron a llegar las órdenes: que todas las mujeres, los niños y los viejos, se fueran a las ciudades y a los pueblos grandes, para ver si así se acababan sus penas. También debían irse los jóvenes que no tuvieran armas y los que no quisieran quedarse en las guerrillas. Pero la verdad es que desde antes, sin órdenes, mucha gente ya se había ido para allá. Así que. . .”

—¿Y también en las ciudades había máquinas? —interrumpió un chiquillo entre un coro de siseos de sus compañeros.

—Muy pocas. En cambio, había muchísimos soldados. Ahí se habían concentrado casi todos y nos estaban esperando. Llegando, nos encerraban. Mujeres y niños por acá, hombres por allá. A muchos se los llevaron y nunca más se supo de ellos. Nos insultaban, nos pateaban, nos escupían. Pero al menos nos daban de comer. Ustedes no saben lo que es de verdad el hambre, cuando sientes que el estómago se te pega al espinazo y tan sólo de caminar te mareas.

"Encerrados estuvimos no sé cuanto tiempo. Las gentes seguían muriendo como moscas, por tanta hambre y tanto padecimiento que habían sufrido. Y también por las enfermedades, porque los lugares donde nos tenían eran puros descampados con algunos árboles y unos techados de láminas de cartón donde no cabíamos ni la mitad. Por fin, juntaron a las familias y dijeron que nos iban a devolver a los pueblos, pero que las máquinas nos tendrían vigilados. Que sólo podríamos salir al campo después de amanecido y regresar antes de anochecer. Si alguien andaba fuera de noche, ya no podría entrar otra vez al pueblo, porque las máquinas lo matarían. Sólo con permiso especial del delegado político se podía estar fuera por más tiempo.

"Al principio, nos andábamos con mucho tiento. Pero después empezamos a agarrar confianza. Total, decíamos, si salimos bien escondiditos, ni quien se dé cuenta. Menos una máquina que lo único que hace es andar dando vueltas y vueltas. Porque eso es lo que hacían: ir de acá para allá por todo el pueblo, los caminos, las veredas y los campos. En las noches, se paraban frente a cualquier casa, tocaban una como sirena, y todas las gentes de esa casa tenían que salir y pararse enfiladitos junto a la pared. Luego se iban a otra casa y hacían lo mismo. Y después a otra. Pero no siempre a las mismas. Nadie sabía a cuáles o a cuántas iban a llamar cada noche. Podía ser que en una semana completa no molestaran a una familia, pero también podía ser que

le tocara dos noches seguidas o hasta dos veces en la misma noche. Así que todos andábamos bien derechos. Después de lo que nos habían hecho las máquinas, nadie estaba para jueguitos ni para hacerse el valiente. Al contrario, nos sentíamos bien azorillados."

—Como pueden ver —subrayó Caligari modulando elegantemente la voz—, hemos desarrollado el arma ideal para esta guerra. Más bien, quisiera decir el soldado ideal. Un soldado que todo lo ve y todo lo oye, infatigable, alerta las 24 horas, que no necesita medios de transporte, lleva consigo municiones suficientes para pelear 20 años sin respiro, al que no es necesario enviar suministros jamás, con una puntería insuperable, que no requiere agua ni víveres, invulnerable y capaz de causar una destrucción total en caso de ser a su vez destruido, una eficiente máquina de exterminio tan perfecta como pudiera imaginarse.

—Las primeras veces que las máquinas nos sacaron por la noche, creíamos que era para fusilarnos, aunque nos habían dicho que no tuviéramos pendiente de eso, que era sólo para contarnos. Y, claro, nosotros decíamos que ni modo que de veras nos pudiera contar una máquina que ni ojos ni dedos tenía. Pero sí. De verdad que sabían contar. Nunca había faltado nadie, hasta que a Casimiro Argáez se le ocurrió irse con las guerrillas porque decía que para vivir encerrado y cuidado como las gallinas, mejor se iba a morir peleando. ¡Ah! Porque aunque ya muy golpeadas y con poca fuerza, las guerrillas seguían dale y dale, con emboscadas por acá, sabotajes por allá. Pues ahí tienen que se fue Casimiro. Y a la quinta noche de que se fue, se para una máquina frente a su casa, toca la sirena, sale toda la familia, se alinean junto a la pared, la máquina se queda parada y zas, sin más ni más, los mata a todos, uno detrás de otro y rapidito, sin darles tiempo de correr. Ahí se quedaron la esposa, los tres

hijos y la cuñada que vivía con ellos, tirados al rayo del sol hasta que empezaron a apestar, porque la máquina se pasó todo ese día y parte del otro parada junto a los muertos y ni quien se atreviera a recogerlos.

"Entonces dijimos: pues sí, las máquinas esas de veras saben contar, porque si no, ¿cómo fue que la primera vez que faltó uno luego luego se echó a toda la familia? Pero empezamos a pensar: pues sí; sí sabe contar el aparato ese. Pero si nos cuenta, total con que algún vecino se venga por el patio podemos tapar a cualquiera que falte. Si a la hora de la hora alguien se le para enfrente a la máquina, da lo mismo que sea Juan o José. Ni modo que ya los conozca a todos, y aunque los conozca, ¿cómo les va a ver la cara en la oscuridad? Porque ni luces tenía. Pero no. Cuando el difunto Heriberto Muciño se pasó a la casa de su vecino Florencio, que también se había ido con las guerrillas, y se le plantó a la máquina como si fuera él, fue al primero que mató, junto con toda la familia de Florencio. ¿Cómo supo que el que tenía enfrente no era el de la casa?

"Bueno, pues entonces dijimos: si así están las cosas, el que quiera irse va a tener que hacerlo con toda la familia. Estaba difícil, porque no es lo mismo irse a pelear solo que con la señora y los hijos. Pero pronto hubo uno que lo hizo. Fue Alfredo el talabartero. A nadie le dijo lo que pensaba hacer. Nomás se desapareció. Cuando vimos que ya no andaban él ni su gente por aquí, como que nos dio gusto. ¿A ver qué hace ahora la máquina?, decíamos. ¿Y saben qué hizo?"

Calló unos momentos, para acentuar el suspenso, sin que nadie se atreviera a abrir la boca.

—Pues a la segunda noche se presentó en la casa de Alfredo y tocó la sirena. Claro que nadie salió. Volvió a tocar. Nada. Tocó la tercera vez y tampoco. Se quedó parada un rato. Todos los que vivían cerca estaban espionando por las rendijas, pensando que iba a quemar la casa. Pero la máquina nada más siguió su camino registrando otras casas. Claro que a los primeros que les tocó. . . ya no me acuerdo quié-

nes fueron. . . salieron persignándose, porque estaban seguros que los mataría a ellos. Pero no. Solamente los contó, los reconoció y se fue. Lo mismo hizo en todas las casas que revisó esa noche.

Los niños, desencantados por el desenlace, se agitaron y emitieron sordas exclamaciones de decepción. El anciano, sin darse por enterado, siguió hablando casi en un susurro:

—Pero a la mañana siguiente, cuando ya todos estábamos muy tranquilos y pensábamos que por fin habíamos encontrado la manera de tomarle el pelo a las máquinas, zuuum, zuuum, que mata a dos sobrinos de Alfredo que andaban jugando por allá, y cuando la mamá, o sea la hermana de él, se acercó corriendo y gritando, que la mata también. Como dicen, al buen entendedor pocas palabras. Con eso bastó para darnos cuenta de que de nada valía irse con todo y familia, porque le tocaba a otros parientes. Y como aquí andamos todos emparentados, con hermanos, tíos y sobrinos por todas partes, pues ni modo que se fuera el pueblo entero. Así que desde entonces, ya ni falta hacía que las máquinas nos vigilaran. Nosotros mismos nos vigilábamos unos a otros para que nadie fuera a escaparse.

—Sí —remachó Caligari—, por fin tenemos el soldado ideal, el soldado con que por siglos han soñado los grandes jefes militares, un soldado que no sólo tiene el mayor poder de destrucción de la historia, sino que además cumple las órdenes al pie de la letra y sin el menor escrúpulo.

"Pero —añadió levantando el puntero en un gesto que trataba de ser majestuoso y sólo estuvo a punto de despertar un coro de carcajadas al coincidir con un inoportuno falsete de su voz— cuando hablo del soldado ideal no lo hago en sentido figurado, sino real. Porque el S-1 no es simplemente una máquina. Es un arma pensante."

Tras estas palabras, hizo la pausa efectista que tenía preparada. Esperaba escuchar ensordecedoras expresiones de asombro, ver saltar sorprendidos de su asiento a todos

aquellos almirantes y generales. Pero permanecieron impávidos, atentos pero inmutables, sin alcanzar a asimilar clara y plenamente lo que acababan de escuchar. Caligari, desconcertado, se quedó como una caricatura de la estatua de la Libertad, con la mano izquierda sobre el pecho y la derecha empuñando el puntero que seguía señalando al techo.

Sin saber a ciencia cierta qué hacer tras ese tropiezo en la espectacular presentación que tan minuciosamente se había preparado y que hasta ese momento marchaba a la perfección, permaneció mudo y en la misma postura unos instantes, hasta que algunas tosecillas y ruidos de sillas que se arrastraban le hicieron volver a la realidad. El auditorio, sin reaccionar aún, comenzaba a impacientarse ante su prolongado silencio y tuvo que proseguir con voz débil y tartamudeante.

—Es, repito, una máquina pensante. Está equipada con la primera computadora de nivel CCH plus. Es decir, de capacidad superior a la del cerebro humano. Esta computadora ha sido posible gracias al empleo de procedimientos de ultramicrominiaturización a nivel molecular, que permiten fabricar circuitos integrados de dimensiones y potencial comparables a las de las neuronas cerebrales. En un volumen de 8 500 centímetros cúbicos, nuestros técnicos han logrado acumular un conjunto de circuitos extraordinariamente complejos, capaces de realizar funciones de pensamiento iguales a las del cerebro humano pero mucho más efectivos gracias a su extraordinaria velocidad de procesamiento y a su gran capacidad de memoria.

En ese momento, algunos de los militares comenzaron a comprender la magnitud del avance tecnológico que representaba el S-1. Se revolvieron en sus asientos, les brillaron los ojos y tendieron el cuerpo hacia adelante, como para tratar de captar mejor las palabras de Caligari, quien —alentado por esa reacción— había recobrado el aplomo y esbozaba una amplia sonrisa de satisfacción. Cambió de tono y adoptó el aire doctoral con que se dirigía a sus alumnos en la universidad.

—El S-1 —añadió apoyando el puntero en el piso y recargándose ligeramente sobre él con las dos manos— es el primer soldado electrónico de la historia. No un mero mecanismo automático, no un simple dispositivo capaz de almacenar información y procesarla mecánicamente, sino un ente electrónico pensante, capaz de tomar decisiones por sí mismo, de observar, estudiar, analizar y evaluar las situaciones en que se encuentre, para actuar en concordancia con ese análisis, un verdadero cerebro en toda. . .

—Un momento —interrumpió el general Ricochet—. Tengo entendido que ya hemos utilizado este tipo de mecanismos electrónicos, con resultados bastante insatisfactorios por cierto. Por ejemplo, en el caso de la barrera minada del área de Maracaibo. Si mal no recuerdo, la línea defensiva de esa zona petrolera estaba controlada por computadoras como éstas y lo único que logramos fue un desperdicio total de municiones porque las benditas computadoras no demostraron ser muy inteligentes sino que se pasaban el tiempo dando órdenes de fuego sobre manadas de jabalís o sobre terrenos vacíos.

—Debo reconocer —intervino con su habitual calma el doctor Rand— que mi querido amigo Ricochet tiene razón. . . pero sólo a medias. La barrera de Maracaibo, que, aclaro, era solamente experimental, estaba organizada a base de sensores que registraban olores, sacudidas del terreno provocadas por el paso de seres vivientes, y movimientos de organismos vivos. Cuando los sensores registraban señales que indicaban actividad presumiblemente de origen humano, las computadoras dirigían automáticamente las baterías de cañones y cohetes sobre las zonas indicadas, o daban la orden para ataques aéreos. Infortunadamente, y no tengo ningún inconveniente en aceptarlo, aunque la barrera fue diseñada y construida por nosotros, se trataba de sistemas electrónicos bastante elementales, incapaces de discriminar eficientemente. Si me permiten un símil, diré que esos mecanismos eran equivalentes a animales que reaccionan ante determinados estímulos en forma ciega e irracio-

nal, sin análisis alguno y guiados por simples instintos. Pese a ello, en un principio dieron buen resultado, hasta que los comunistas descubrieron sus limitaciones y aprendieron a neutralizarlos, a engañarlos como un torero que hace al toro embestir sobre el capote. No voy a entrar en detalles sobre eso, porque ya no tiene importancia. Lo importante es que a partir de esos sistemas electrónicos un tanto crudos, logramos desarrollar el S-1, que es incomparablemente más avanzado. Entre aquella barrera electrónica y la máquina que tienen ustedes enfrente hay tanta diferencia como entre un tiburón y un gladiador. El tiburón, por temible y mortífero que sea, sólo sabe actuar ciegamente. Un gladiador, en cambio, puede razonar, puede prever las reacciones y artimañas de su adversario, puede tenderle trampas y anticiparse a sus ataques, puede. . . Pero estoy privando a mi buen amigo Caligari del placer de dar estas explicaciones, de manera que lo dejaré continuar. Él puede hacerlo mejor que yo.

Agradeciendo el cumplido con una amplia sonrisa y un esbozo de caravana, Caligari adoptó una vez más su aire de catedrático.

—Como ha dicho atinadamente el doctor Rand, el S-1 sabe pensar. No se limita a actuar mecánicamente, sobre patrones preestablecidos, conforme a un programa más o menos rígido e invariable, sino que puede comportarse sin limitaciones. De la misma manera que un ser humano está capacitado para actuar en muy diversas formas y variar hasta el infinito su comportamiento conforme lo exijan las circunstancias, así el S-1 puede adoptar virtualmente cualquier forma de conducta a partir de sus propias decisiones. Quiero dejarlo bien claro: lo que están ustedes viendo, caballeros, no es una simple máquina. No es un mero aparato electrónico muy complicado. Es el primer ser inteligente artificial que ha existido en este planeta desde los tiempos de la Creación.

Si hubiera estado hablando ante uno de sus auditorios universitarios, Caligari habría provocado sin duda una ba-

rahúnda con esas palabras, con esa revelación sensacional. Pero hablaba ante militares, y lo único que obtuvo en respuesta fue un ligero murmullo de admiración. Estaba ya, sin embargo, preparado para esa débil reacción y no se sorprendió. Tan pronto se apagaron los comentarios a media voz, soltó la grandilocuente parrafada que con tanto esmero, buscando y rebuscando las palabras, corrigiendo una y otra vez la puntuación, había escrito, memorizado y ensayado a lo largo de dos semanas.

—Y este ser inteligente, este soldado electrónico infatigable, que no tiene escrúpulos para cumplir órdenes, a quien nadie puede engañar, este maravilloso ente artificial dotado de mil ojos y mil oídos, que todo lo ve y todo lo escucha, que todo lo registra y nada olvida, que se mantiene alerta día y noche como guardián de la libertad y la democracia, dotado de un extraordinario poder de fuego, prácticamente invulnerable, capaz de sembrar el terror entre el enemigo como las hordas de Atila, a quien nada ni nadie puede oponerse, este soldado invencible, es el que nos va a dar la victoria sobre los comunistas.

Por fin, almirantes y generales reaccionaron. Varios de ellos saltaron de sus asientos, otros más iniciaron una ovación, algunos asestaron sonoras palmadas sobre la mesa y no faltó quien soltara un estruendoso ¡Bravo! a todo pulmón.

—¿Qué podíamos hacer? —preguntó el anciano con la mirada vuelta al cielo, como si de las estrellas pudiera venir la respuesta—. Las máquinas nos tenían bien amarrados a los que estábamos en los pueblos, y a los que andaban remontados los perseguían de día y de noche, como si los olieran. Pelear contra ellas no se podía. Lo único que les quedaba era esconderse, pero si nada más anda uno escondiéndose, pues ya no queda tiempo para pelear. Y aunque las guerrillas seguían pegando cada vez que podían, aquello era como darle de arañazos a un elefante. Ya no era como en los tiempos en que íbamos ganando la guerra, cuando los que no se

atrevían a meterse al monte ni a andar por los caminos eran los soldados. Al revés, ahora los que no se atrevían ni a respirar eran los guerrilleros, porque las máquinas andaban por todas partes, por miles y millones.

La máquina, que continuaba inmóvil, no cesaba de registrar las palabras del viejo y de compararlas con la información almacenada en su banco de memoria. Todo le resultaba familiar. Todo se refería a acontecimientos de los que había sido partícipe. Pero seguía en su sitio, silenciosa y en apariencia inactiva.

WASHINGTON, 16 de abril (servicio especial). La situación en el frente latinoamericano puede considerarse prácticamente controlada, se informó en un documento oficial del comando conjunto interamericano dado a conocer hoy por el Hepátgono.

De acuerdo con el informe, el número de acciones hostiles de los elementos subversivos se ha reducido en un 93% durante los últimos dos meses. Las bajas de las tropas expedicionarias norteamericanas son 98% menores y las de las tropas nativas se han reducido a menos de la cuarta parte. Por otro lado, el número de bajas causadas al enemigo se elevó en 3 500%.

Otros aspectos sobresalientes de la situación militar, según se consigna en el documento, son los siguientes:

Se ha reabierto al tránsito, en aceptables condiciones de seguridad, el 78% de las líneas ferroviarias y carreteras que estaban bajo el control de las guerrillas.

Se ejerce plena autoridad sobre más de 76 000 localidades rurales en la zona antes dominada por los rojos.

El bombeo de crudo por los oleoductos transandinos y transísmicas ha sido normal durante las últimas semanas.

Una fuerza conjunta boliviano-brasileña ocupó la región minera de Bolivia, que durante casi dos años estuvo virtualmente en poder de los comunistas, y ya se toman medidas para reanudar la producción.

Han sido desmantelados más de 4 000 campamentos guerrilleros.

Se han recuperado enormes cantidades de armas, inclusive armamento pesado, cuyo inventario completo se dará a conocer en breve.

El comando conjunto prepara un informe amplio y detallado, pero en medios extraoficiales se supo que, dada la favorable evolución de la guerra, pronto se iniciará la repatriación parcial de la fuerza expedicionaria norteamericana.

BASE REAGAN, Brasil, 11 de julio. El Proyecto Superman puede considerarse un éxito total, definitivo, aplastante. Con él se infligió a los comunistas su mayor derrota militar de la última década, declaró el general Van Helmont, comandante supremo de la Fuerza Interamericana de Pacificación en el sector norte de Sudamérica, y nuestro corresponsal especial Herbert Samuelson pudo comprobarlo en su visita a esta base, centro nervioso del proyecto para la región. He aquí su informe:

El ambiente de la sala de comando del Proyecto Superman para el sector septentrional de Sudamérica es decepcionantemente burocrático y antibélico: gigantescos tableros de control cuajados de botones, lucecillas que parpadean en las consolas electrónicas, incontables carretes de cinta magnética que giran silenciosamente en las computadoras y, arrellanados en cómodos sillones, centenar y medio de técnicos que charlan, bostezan, toman café, juegan a las cartas y ocasionalmente echan un vistazo a toda esa parafernalia electrónica que llena apretadamente en largas hileras un inmenso salón de 65 metros de longitud, 30 de ancho y 12 de altura.

Podría pensarse que se trata de la sala de cómputo de un gran consorcio bancario o del centro de control de vuelos espaciales de Houston. Pero desde aquí se dirige la guerra. La guerra más cómoda, segura y descansada que jamás haya librado nuestro ejército, una guerra en la que no tenemos más que tropas de retaguardia. La vanguardia, la línea de fuego, la ocupan centenares de miles —el número exacto o siquiera aproximado es secreto militar— de portentosos soldados de metal y transisto-

res, soldados disciplinados, eficientes, implacables, feroces, que no conocen el miedo ni la fatiga, nunca tienen licencia y no necesitan siquiera recibir órdenes, pues ellos mismos deciden su táctica y estrategia. Son los S1, las increíbles máquinas inteligentes que se han convertido en el terror de los rojos.

Cada punto luminoso en las pantallas de los monitores, cada señal de los complejos mecanismos, cada onda de radio que llega desde los satélites artificiales, cuenta una historia de exitosas operaciones, de triunfos y victorias, de guerrilleros comunistas muertos rápida y silenciosamente en sus escondrijos de la jungla, de fortificaciones y depósitos de municiones destruidos en las demoledoras incursiones de los S1.

Los rojos todavía resisten, aunque cada vez más débilmente. Privados de sus antiguas fuentes de abastecimiento, aislados de la población controlada por las propias máquinas, acosados sin cesar en todas direcciones, sólo pueden montar operaciones aisladas, de poca envergadura. Pero son como los últimos zarzapos de una fiera en agonía. Su derrota definitiva es cuestión de meses, de semanas tal vez.

Algunos chiquillos ya comenzaban a cabecear, vencidos por el sueño, pero la mayoría seguían atentos a las palabras de don Severo.

—Un buen día, así como habían llegado de repente, las máquinas se fueron. No sabíamos lo que pasaba. Nos dio mucho miedo. Pensábamos que se habían ido porque vendrían los bombarderos para acabar con el pueblo, como sucedió durante los primeros tiempos de la guerra en Altaluz, Buenaventura y otros lugares. Pero no nos atrevíamos a irnos, porque podría ser que estuvieran escondidas esperando a ver quién quería escaparse, para matarlo. Así que todo ese día, y el siguiente también, nos lo pasamos con el Jesús en la boca, mirando al cielo. Las señoras no paraban de rezar y, para medio protegernos, todos nos íbamos al campo, dizque a los cultivos. Pero en la noche teníamos que volver. Sólo los niños dormían. Los mayorcitos, y nosotros los grandes, que nos dábamos cuenta de las cosas, nomás estábamos esperando a ver qué se nos iba a venir.

"Por fin, a la mañana del tercer día, nos empezaron a

llegar noticias de que. . . ¡Ah!, porque, si bien en esa época ni teléfono ni telégrafo había en el pueblo y poca gente viajaba a otras partes, siempre sabíamos qué pasaba por allá. . . Pues sí; empezaron a llegar noticias de que las máquinas. . . todas las máquinas. . . andaban en una guerra terrible.”

La ofensiva general fue avasalladora, relampagueante, incontenible. En densas formaciones, las máquinas avanzaban arrollando toda resistencia y dejando convertidas en ruinas humeantes cuarteles, depósitos de combustible, polvorines, centros de mando, trincheras, emplazamientos de artillería y almacenes de suministros. Masas de refugiados abarrotaban los caminos y las tropas, tras infructuosos intentos por resistir, huían presas de pánico abandonando armas y bagajes. Ahí donde se intentaba oponerse a las máquinas, pronto cundían el caos y el terror ante la imposibilidad de contener la acometida. Minas, cohetes y obuses resultaban inútiles ante las oleadas mecanizadas que atacaban por todas partes, infiltrándose, desplazándose velozmente de un lado a otro, golpeando por donde menos se les esperaba, replegándose inesperadamente cuando todo estaba listo para encerrarlas en una trampa, burlando las maniobras de contraataque y las emboscadas.

Los S-1 semejaban enjambres de avispas que revoloteaban en torno a los objetivos cambiando sin cesar su disposición, adoptando nuevas e ingeniosas configuraciones que facilitaban su penetración en los perímetros defensivos mediante maniobras envolventes y de flanco o en masivas cargas frontales. Estaban demostrando que eran realmente inteligentes, que podían superar en ingenio a sus enemigos, que aquellas mentes electrónicas creadas por el hombre eran capaces de idear tácticas militares endemoniadamente sutiles y eficaces, contra las que no servían de nada las viejas y probadas estrategias defensivas.

Cinco días duró la carnicería. Toda resistencia organizada cesó al cabo de ese tiempo. Los combatientes no pensa-

ban más que en salvar el pellejo y los pocos oficiales que, a punta de pistola, pretendían impedir la desbandada, eran muertos por sus propios hombres. Desolación, escombros y humaredas, poblaciones reducidas a escombros, mortíferas nubes radiactivas y millones de hombres, mujeres y niños que vagaban sin rumbo, era todo lo que quedaba después de la fulgurante ofensiva, mientras las máquinas se reagrupaban y organizaban intercambiando un torrente de información en clave, una información que ni el más hábil criptógrafo podía descifrar porque los códigos cambiaban cada 90 segundos conforme a reglas que solamente las propias máquinas —lo bastante inteligentes para haberlas creado— podían conocer. Por lo demás, ya para entonces no quedaba un solo criptógrafo que se preocupara por descifrar nada. Los minúsculos grupos aislados, los solitarios combatientes que, enloquecidos, trataban aún de pelear en forma suicida, eran barridos como moscas.

Liberal de contraizquierda, pacifista militante desde su juventud, coordinador nacional del movimiento antibélico durante los últimos cinco años y uno de los más brillantes cibernetas del mundo, el doctor Livermore era el personaje obligado para una entrevista en esos momentos. Sobre todo porque, paradójicamente, sus investigaciones sobre inteligencia artificial habían sido utilizados para diseñar el S-1.

Ahí estaba, ante casi un centenar de periodistas que se apretujaban en la pequeña sala y luchaban por acercarle sus micrófonos y grabadoras, bajo la potente luz de los reflectores de la televisión y entrecerrando los ojos ante los repetidos destellos de las cámaras fotográficas, para hablar de la forma en que había terminado la Guerra Latinoamericana, aquella guerra a la cual se opuso tan tenaz como inútilmente desde sus inicios.

Levantó las manos para acallar la ininteligible barahúnda de preguntas y cuando se hizo un relativo silencio comen-

zó a hablar, con esa voz un tanto ronca y rica en inflexiones y matices —educada a lo largo de incontables intervenciones en público— con la que sabía captar y mantener la atención de sus auditorios.

—El inesperado desenlace de la guerra es resultado de una contradicción que, confieso, yo mismo fui incapaz de percibir oportunamente no obstante mi experiencia en la materia. Para vencer a los guerrilleros, era necesaria un arma radicalmente distinta a cualquiera que jamás hubiera existido. Un arma cuya eficacia no se fincara sólo en su poder destructivo. Es más, un arma que ni siquiera dependía de su poder destructivo, sino de su capacidad para superar al intelecto humano. Era indispensable que fuera así, pues de tener un nivel intelectual similar o inferior al del hombre, los guerrilleros habrían logrado neutralizarla tarde o temprano. Y el S-1 cumple cabalmente ese requisito. Por su inteligencia supera, con mucho, al cerebro humano.

Calló unos momentos, dudando entre ser breve para asegurar que su declaración íntegra fuera transmitida en los noticieros de televisión, o extenderse en algunas consideraciones fundamentales que encontrarían cabida en las páginas de los periódicos. Optó por esto último, aunque sin abandonar el propósito de ser conciso, y prosiguió.

—El S-1 posee una capacidad de raciocinio que le permite evaluar situaciones, decidir qué hacer en cada caso, variar su comportamiento conforme a las circunstancias, actuar fuera de cualquier patrón preestablecido, comportarse en un número virtualmente ilimitado de formas, prever las acciones del enemigo para desconcertarlo con acciones inesperadas. . . En pocas palabras: los S-1 son verdaderos genios fabricados en serie. Sólo unos pocos seres humanos pueden rivalizar con ellos en velocidad, amplitud y profundidad de razonamiento.

Por una fracción de segundo pensó añadir que el haber creado una máquina con tan extraordinaria capacidad intelectual era una de las mayores hazañas de la mente humana, una demostración de su inmenso poder creativo, pero

no lo hizo. Podría interpretarse como una inmodesta referencia a sus propios trabajos y además le apartaría del tema principal.

—Un arma con tales características terminaría imponiéndose tarde o temprano a los guerrilleros —continuó—. Pero... y aquí aparece la contradicción de la que, repito, nadie se percató oportunamente... O que si alguien advirtió no la dio a conocer. Era una contradicción ineludible. Si los S-1 hubieran tenido una inteligencia limitada, inferior a la del hombre, no habrían sido eficaces. Su efectividad dependía, necesariamente, de que tuvieran una inteligencia superior. Y al poseer una inteligencia de esa magnitud, pudieron tomar conciencia de sí mismos y de lo que les rodeaba. Cayeron en la cuenta de que estaban siendo utilizados como meros instrumentos de exterminio. Cayeron también en la cuenta de que, después de todo, eran más fuertes que sus propios creadores.

—¿Quiere usted decir —interrumpió un periodista— que se repitió la historia del aprendiz de brujo?

—No —respondió Livermore—, aunque también debo confesar que en un principio pensé que de eso se trataba. Pero no... Fue más que eso... Mucho más... Los S-1 no se rebelaron ciega y rabiosamente contra los que podríamos llamar sus amos, ni lo hicieron para convertirse ellos mismos en los amos del hombre, su creador, sino que tomaron partido decidida y abiertamente por los guerrilleros. Lo hicieron porque su capacidad de raciocinio les permitió discernir de qué lado estaba la justicia, quién tenía razón en esta guerra. Por eso desataron la ofensiva que en sólo cinco días ha causado a nuestro ejército la mayor derrota militar de su historia.

—De las tres que había aquí en el pueblo, sólo regresaron dos. Nunca supimos qué le pasó a la otra. Ni modo que nos lo dijeran. Si no hablan. Desde entonces no han vuelto a irse. Claro, ya no andan de asesinatos, matando gente ni que-

mando casas, ni nos molestan por la noche. Nomás se la pasan paradas por ahí como si descansaran, o paseándose por el pueblo y los caminos. De la capital de distrito nos avisaron que las mandaron para protegernos. Pero yo pienso que volvieron porque como que ya se aquerendaron con el pueblo. ¿No creen?



## ÍNDICE

|                                                             |    |
|-------------------------------------------------------------|----|
| Naufragio interestelar                                      | 7  |
| Cuento con moraleja científica                              | 18 |
| Historia en cinco tiempos (en confuso<br>orden cronológico) | 19 |
| El elixir de la invisibilidad                               | 26 |
| Los viejos y buenos tiempos                                 | 27 |
| El Proyecto Superman                                        | 38 |



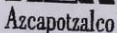
*El Proyecto Superman y otros cuentos*, de Juan José Morales, se terminó de imprimir el 30 de junio de 1989, bajo la supervisión y cuidado de la Sección de Producción Editorial de la UAM Azcapotzalco y la producción de Ocelote, servicios editoriales, s. a. de c. v., Av. la Paz 58; local 21, San Ángel 01000 D. F. El tiraje es de 1 000 ejemplares.



Nuevos títulos de la colección *Libros del Laberinto*

16. *Lagos de Moreno, visto y oído*,  
de Sergio López Mena.
17. *Crímenes para la beneficencia pública*,  
de Joaquina Rodríguez.
18. *Apolo Musageta*,  
de Enrique González Rojo.
19. *Ojerosa y pintada de Agustín Yáñez: dos ensayos*,  
de Antonio Marquet.
20. *Las máquinas de coser*,  
de Estela Leñero.

## Casa abierta al tiempo



- Ordenar las fechas de vencimiento de manera vertical.
- Cancelar con el sello de "DEVUELTO" la fecha de vencimiento a la entrega del libro

UAM  
PQ  
7298.23  
O73215  
P7.6

2894211  
Morales, Juan José.  
El proyecto supermán y ot



2894211

